

REPUBLICA DE COLOMBIA

La Sierra Nevada
y los
Orfelinatos de la Goajira

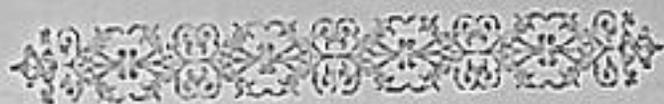
por el

Padre Segismundo del Real de Gaudó,
Misionero Capuchino

Con licencia de la Orden y de la autoridad eclesiástica

Edición oficial

BOGOTÁ
Litografía de la Imprenta Nacional
1912



La Sierra Nevada
y los Orjelinales de la Goajira

CONFERENCIA

dictada en el salón de sesiones de la Asamblea Departamental de Santa Marta por el Padre Segismundo del Real de Gandía, el día 5 de noviembre de 1911.

Señor Gobernador, señores:

Entre los graves negocios que embargan la atención del Gobierno Nacional está el de la conservación del territorio de la República, amenazado de una nueva y dolorosa amputación en la zona hidrográfica del Putumayo. Y tanto más le preocupa este gravísimo asunto cuanto una triste experiencia ha enseñado que los hechos consumados legalizan las mayores injusticias. Ayer no más fue Panamá, la frontera venezolana, la del Brasil; hoy tenemos a Puerto Córdoba y más de doscientas leguas cuadradas inicualemente detentadas por la codicia peruana.

Preocupa grandemente que la Nación que en Ayacucho aseguró la independencia del Perú, en Pichincha la del Ecuador, en Carabobo la de Venezuela y en Boyacá la de Colombia; la que creó héroes como Córdoba, Ricaurte, Sucre y Girardôt; legisladores como Santander y Fernández Madrid; diplomáticos como Zea,

no pueda, en el terreno internacional o en el de las armas, reflorcer las gallardas figuras de sus antepasados y conservar intacto el sagrado patrimonio que las reales órdenes le asignaron. ¿Dónde está el León de Apure, Páez y sus llaneros, los cuales parecían más bien demonios que seres racionales cuando atacaban a los realistas? ¿Qué se han hecho Maza, Sucre, Córdoba, Nariño y mil héroes más de la Guerra Magna? ¿dónde están? ¿Perierunt? No; muchos viven y otros han muerto en estos últimos años que atestiguan que el valor de esta indomable raza no ha muerto. Albán, Pinzón, Camargo, liberales y conservadores, sacrificaron a torrentes la sangre de sus adeptos por el triunfo de su causa. La esfinge de Palonegro recordará a las generaciones venideras de lo que es capaz el guerrero colombiano en los campos de batalla, y ojalá el peruano no dé motivo para demostrarlo.

Mas no es la espada la que hoy obtiene las más preclaras victorias; no es tampoco la razón ni el derecho, por triste y doloroso que sea confesarlo, el que priva en las contiendas internacionales; las grandes batallas, lo mismo que las más decisivas victorias, están reservadas a aquellas naciones que, como Bélgica, abren sus puertas al trabajo, al progreso, a las vías de comunicación, y no se encierran en un círculo de hierro como las naciones orientales.

Penetrados de esta importantísima doctrina, y creyendo prestar un verdadero servicio a la Patria e interpretar fielmente el pensamiento del Gobierno, los Padres Capuchinos han comenzado por abrir caminos en las regiones confiadas a su cuidado.

El Reverendísimo Padre Prefecto del Caquetá, Fidel de Montclar, es suficientemente conocido en todo Colombia por sus trabajos en el Caquetá. Antes que se sospechara el peligro peruano, emprendió arriesgadas excursio-



Misión Capuchina de La Goajira y Sierra Nevada.

nes por el Putumayo, Caparaná, Ortegusa y Amazonas; levantó los planos del pueblo de Florencia sobre el Ortegusa en el Alto Caquetá; conoció las dilatadas y feraces vegas de esos rios; visitó y vivió con los indios orejones y piojes, huitotos y otras castas de la zona amazónica, y llegó a Iquitos, donde pudo apreciar toda la labor peruana, del Napo al Putumayo y desde el Caquetá hasta el Vaupés, acaparando todo el caucho que el hevea y castilloa producen en abundancia en esas vegas. El resultado inmediato de su trabajo fue la apertura de un camino que desde Pasto comunicara con el Putumayo, atravesando los páramos andinos, La Cocha y otros escarpadissimos lugares de la Sierra, hasta llegar al hermoso valle de Sibundoy, y de allí a las cálidas regiones de Mocoa. El mismo trazó el camino y puso a sus frailes de capataces e inspectores de la obra, obligados muchas veces a tomar el hacha y la palendra, a pasar días enteros en profundos lodazales, sufriendo el frio glacial de los páramos y la lluvia torrencial que con frecuencia les caía encima, a dormir en improvisados ranchos y a dar ejemplo de paciencia, valor y heroismo a sus compañeros de trabajo y fatigas. En la prensa de Bogotá y en el Ministerio de Obras Públicas están los informes brillantissimos de los Ingenieros Oficiales mandados por el Gobierno a inspeccionar el camino.

En vista de estos resultados y de la urgencia de concluir cuanto antes el camino, los Gobiernos del General González Valencia y del doctor Carlos E. Restrepo prohicaron la obra, y en el Presupuesto de gastos de estos tres últimos años vienen figurando partidas de consideración para tal objeto. La suerte pues del Caquetá irá forzosamente unida al heroismo de los Misioneros Capuchinos que pusieron a contribución todo su saber, toda su virtud y toda su vida por conservarlo bajo el simpático pabellón azul, gualdo y rojo de la bandera colombiana.

Más conocido es entre vosotros el Ilustrísimo señor Vicario Apostólico de La Goajira y Sierra Nevada: el nombre de Monseñor Soler y Royo se oye con gusto y se recuerda con frecuencia por toda la buena sociedad samaria. Sus cinco años de residencia en esta ciudad; sus trabajos en la Catedral; su ardorosa y elocuente palabra, escuchada siempre con creciente entusiasmo; sus labores en el periodismo, y demás cualidades sobresalientes, obligaron a la Santa Sede a nombrarle primer Prelado del Vicariato de La Goajira y Sierra Nevada.

El campo vastísimo se presenta al nuevo Prelado: la extensión de su territorio supera al de muchas Diócesis europeas; la calidad de sus habitantes exige el celo de un Javier, la paciencia de un Job, el dón de lenguas de los Apóstoles; la posición geográfica de su Misión, a las puertas del mundo civilizado, que fija su vista en la acción civilizadora, educativa y progresista de los Misioneros, junto a una Nación que acaricia parte de su Vicariato, que halaga a sus súbditos con toda suerte de ofertas, y cuyo territorio es en parte completamente desconocido, y hasta el mismo Gobierno encuentra exagerado cuanto se invierte en la civilización de aquél, exigen del Jefe de la Misión condiciones especiales, comparables a las de un Alberoni o a las de un Cisneros.

La Goajira, señores, es una región digna de estudio y de que termine para siempre el infamante dictado con que se la califica, de presidio suelto. Según la doctrina y moral indígenas, el que mata y paga es el único digno de vivir en esa tierra, porque si mata es valiente, y si paga es rico. Esto no se puede oír sin escándalo por los que somos civilizados y cristianos, y sin embargo, desde su descubrimiento hasta la hora presente, ese aforismo ha privado sobre todas las legislaciones, sobre todos los fueros, y no creo se quite jamás mientras el Gobierno

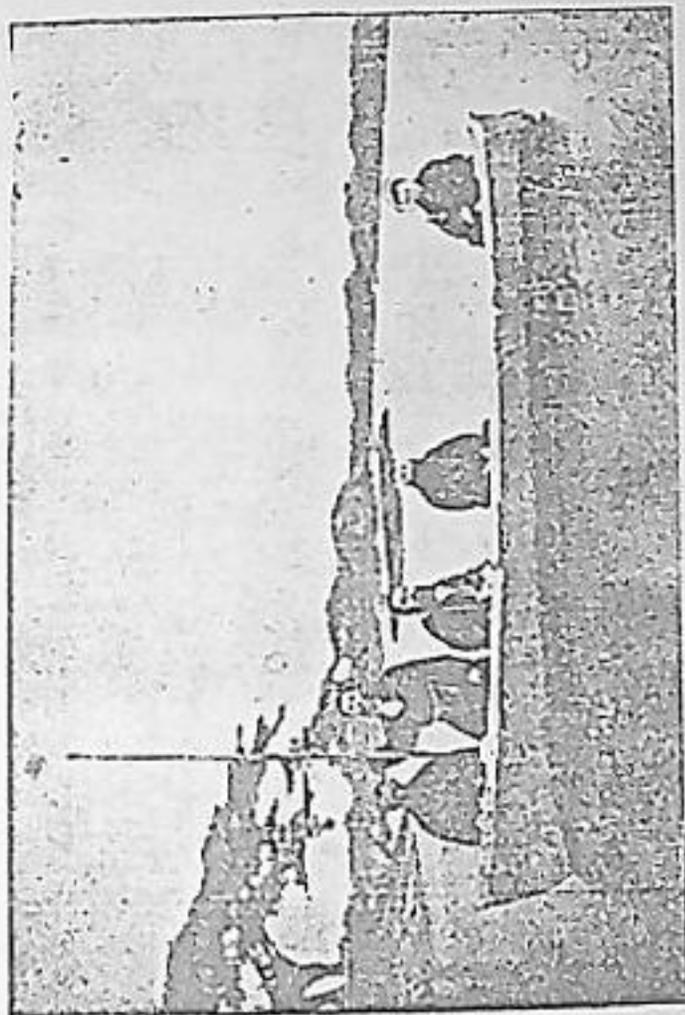
Nacional no haga efectivas las garantías que deben tener los que viven en La Goajira. En vano sacrificaron sus vidas los Misioneros Capuchinos en los siglos XVII y XVIII: inútiles fueron las tentativas de reducción del Ilustrísimo señor Monroy, Obispo de Santa Marta. El señor Obispo de Dibona, que, constante siempre que se trata de hacer el bien, empapa su alma en las genuinas máximas cristianas, que dan expansión al corazón, especialmente cuando se trata de labrar la felicidad de nuestros semejantes, apenas es elevado al Episcopado como Obispo *in partibus infidelium* y Vicario Apostólico de la Diócesis de Santa Marta, cuando el primer pensamiento que le asalta y sus principales actos son en favor de los indios. En tan laudable propósito, que honra y honrará la memoria del Ilustrísimo señor doctor Romero, no ahorró ningún sacrificio, ni dejó de hacer cuanto es conveniente y necesario en favor de los indígenas — dice un admirador suyo: — visitó los lugares de La Goajira, mandó celosos Misioneros, trajo a los Capuchinos, dedicó la mayor parte de su vida a esta nobilísima empresa, se esforzó por interesar a los poderes públicos en tan benéfica labor, mas los goajiros no quisieron aprovechar de los heroicos sacrificios de tan caritativo Pastor. Idéntico resultado obtuvo Monseñor Celedón; no fueron más felices los trabajos de los sacerdotes holandeses Juan Antonio T. Riele y Fernando Eduardo C. Kieckens; la labor de los Capuchinos a través de un cuarto de siglo no ha dado otro resultado que sacrificar la vida de más de treinta Misioneros entre muertos e inutilizados por los rigores del clima.

El señor Obispo Atanasio ha intentado un último y supremo esfuerzo con la fundación de orfanatos en Pancho, Tucacas y El Pájaro; con la apertura de un camino que de Riohacha atravesase toda La Goajira hasta Castilletes, con los pozos artesianos que suministren agua

abundante y salven la vida de miles y miles de reses que anualmente perecen de hambre y sed, las que obligan al indio a vivir toda su vida errante, sin yugo ni ley que lo domine; pero dudamos de que obtenga mayor éxito que el que obtuvieron sus predecesores, mientras el Gobierno no atienda eficazmente a las necesidades de esta región.

Otro de los puntos más importantes y más desconocidos y menos estimados del Vicariato es la Sierra Nevada de Santa Marta. Cuatrocientos y pico de años hace que las generaciones civilizadas van y vienen del interior, sin fijarse en el gran macizo de la Nevada, único en todo el mar Caribe que llame la atención por su extraordinaria altura. Los pueblos, lo mismo que las personas, son rutinarios, y se privan de las más grandes comodidades y placeres de la vida por no sacrificar sus costumbres. ¡Cuántos alardean de no conocer el mar y de no haberse bañado en sus ondas, de no haber probado la riquísima carne de sus peces, ni gustado los sabrosísimos moluscos que en él abundan! Igual fenómeno sucede en aquellos individuos que viven bajo un sol abrasador, envueltos en una atmósfera mefítica, comidos por toda suerte de cinífes, saturados por el paludismo, y sin embargo no quieren subir a la Sierra próxima, a la montaña virgen, a la región nívea, donde respiran aire puro, sienten dilatar sus pulmones, rejuvenecer su sangre, transformarse en nuevos hombres, sólo porque nacieron en tierra caliente, abrigados por toda clase de calamidades. Vengo pues a exponeros lo que es la Sierra Nevada de Santa Marta, lo que debe ser; el resultado de nuestro viaje con sus peripecias y trabajos, y las conclusiones que hemos sacado respecto a su colonización.

El día 20 de septiembre salimos a pie de Dibuja, el Padre Bernardo de Torrijas, el hermano Angel de Bogotá, tres individuos de la Gendarmería, el señor Tomás Brito y yo, en



Rio Calancala, frente al Orfelinato

dirección a la Sierra Nevada. Cuatro horas gastamos en llegar a la primera estribación de la Sierra, conocida con el nombre El Volador. La sombra que entre nosotros proyectaba el bosque virgen nos dio fuerza para llegar a Quebrada de Andrea, donde almorzamos. Después de un ligero descanso continuamos nuestro viaje por toda la cuenca del río Clara; pasamos la cabecera de este río, formado por una concha fertilísima, buena para la producción de caña de azúcar, cacao, café y ganado; pasamos por el antiguo pueblo de San Pedro y bajamos al valle del río Garavito, donde está Pueblo Viejo, lugar de civilizados. Descansamos un día en este pueblo, situado a 1,400 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 20 grados centígrados en medio de una pequeña sabana, junto al río Garavito. Aquí viven los únicos civilizados que comercian con los indios arhuacos, cambiándoles sus artículos agrícolas por herramientas, calderos, machetes, pescado y ron, ganándose el 300 o 400 por 100 del valor de la mercancía.

El 24 salimos para Santa Rosa, donde nos esperaban los indios para hacerles la fiesta de su patrona. Después del sacramental hanchigachi balou y de un fuerte apretón de manos, nos dirigimos en procesión a la casa cural. En el trayecto iban bailando las mujeres el kuishi, y el kuimushi los hombres, volviéndose constantemente hacia nosotros, haciéndonos profundas reverencias. Les hicimos la fiesta y la procesión de la santa, recorriendo todo el pueblo, precedidos de los indios que no estaban embriagados, pues hay que notar que desde el primer día comienzan a beber guarapo, a bailar durante el día y la noche, hasta que terminan las fiestas.

El día 28 seguimos apie para San Miguel, que está situado cuatro horas más arriba, siguiendo la cuenca del Alueshi, afluente del río Ancho, a una altura de 1,860 metros sobre el nivel

del mar. De cuantos pueblos arhuacos vimos, éste es el más populoso e importante, de suerte que las fiestas fueron más solemnes y mayor la concurrencia de indios. Tiene San Miguel un clima hermoso, frío, de los mejores que se pueden encontrar en la Sierra Nevada: la temperatura baja hasta 14 grados centígrados, y aunque los indios no viven durante el año en el pueblo, sino en sus rozas, demuestran en su físico la bondad del clima de toda esa región. Se da muy bien la manzanilla, el cebollín, la arracacha y la malanga, y un poco más arriba la papa, y no dudo de que se daría bien el trigo si lo sembraran.

Desde este pueblo parte un camino de herradura para Taquina, Macotama, San José y Atánquez, y otro, por los páramos, a San Sebastián, que pueden aprovechar los de San Miguel para bajar a Riofrio.

Los exploradores Sievers y Conde de Brettes caminaron por esta vía, seguida en parte por Simons. Eliseo Réclus se quedó en la región del Chirua, sin llegar nunca a estos parajes. Pensábamos seguir esta ruta, por considerarla más recta para llegar a las cabeceras de Riofrio, como en efecto lo es; pero el miedo de unos y la ingénita desconfianza de los indios nos obligaron a seguir una vía completamente desconocida en ciertos puntos y llena de peligros por las muchas fieras que pululan en sus impenetrables bosques.

De Santa Rosa salí con mis compañeros de viaje a las seis y media de la mañana, el 7 de octubre, en dirección al pueblo de Palomino; servíanos de guía el mama Miguel Nolabita. Dejamos el Alueshi, o río San Miguel, y entramos en el valle Noushichak, por donde corre el Kabikungui, tributario del San Miguel. Está formado este valle por la cordillera llamada Kuchalui, a la izquierda, y el Kabikungui, a la derecha. Cuatro horas tardamos en atravesar el valle, y por Isangaka bajamos al río Aluikuishi,

afluente del Palomino, aun cuando algunos creen que es el río San Salvador. Profundo y estrecho es este valle, oprimido por el gigantesco Cubalí, que se destaca aislado de todas las cordilleras que forman la cuenca del Nuamishi o Palomino. Por temor al agua hicimos alto en el Cubalí, antes de subir a la cumbre, y allí pasamos la noche en el toldo de campaña que traíamos a prevención. Después de desayunarnos con un plátano hervido y un poco de café, emprendimos la marcha hacia la cumbre del Cubalí, deseosos de contemplar los nevados y el panorama que de allí se debía gozar, antes que las nubes entoldaran el cielo. En efecto, nuestras esperanzas no quedaron defraudadas.

A las siete de la mañana coronábamos la cima; la emoción y el frío que sentíamos apenas nos daban fuerzas para cambiar nuestras impresiones. El Nevado, con toda su grandiosidad y pureza, se aparecía delante de nosotros como nuevo Tabor, fulgurante de luz, regio, vestido con el armiño de los reyes, presidiendo el cortejo de montañas, riscos, precipicios, bosques, ríos y cascadas, que con los trinos de las aves y los aullidos de las fieras, le enviaban el saludo del aura matinal. Abismados ante aquel grandioso cuadro, bendecíamos las fatigas, sudores, angustias y miedos que constantemente acompañaban nuestro viaje. Las escenas de la Sierra son verdaderamente grandiosas—dice Simons,—y nosotros acabábamos de asistir a una de ellas. Desde el Cubalí vimos distintamente las cuencas del Palomino, Don Diego, Mendinguaca, Guachaca y Buritaca, La Horqueta y el San Lorenzo; pero al ver tanta montaña, tanto valle cubierto de espesísimo monte, sin una huella de vida humana y civilizada, con tanto río que habíamos de vadear, el corazón se oprimía de espanto al considerar la ciudad de Bastidas tan lejos, los viveres tan escasos y los pies ensangrentados por las punzantes macanas, que

no perdonaban el calzado; pero no titubeamos: como el cántabro al bajar de sus breñales a pelear contra el muslim repite el aurrera, así nosotros repetimos ¡adelante! y no parámos hasta llegar a Palomino, a las once de la mañana.

Es de notarse la enorme cantidad de suidos que en grandes manadas recorren este monte; los tigres siguen sus huellas, y aquéllos constituyen el bocado favorito de estos felinos. Nosotros encontramos sus huellas, lo mismo que las del féliz onza o león americano; pero tuvieron a bien dejarnos libre el paso y evitar nos un disgusto.

Palomino, propiamente, no existe; el esfuerzo de mi querido amigo el doctor Ramón Goenaga, por hacer una bonita población en este lindo lugar y comunicarlo con la costa, se perdió completamente, por los azares de la última guerra, cuyas salpicaduras llegaron hasta lo más recóndito de la Nevada. Y séame permitido, al llegar a este punto de mi viaje, alabar la gallardía del doctor Goenaga, el cual, a la edad de diez y siete años, sin más compañeros que su valor y arrojo personal, acompañado de unos pocos arhuacos, se internó en estas selvas y recorrió la región de Palomino, y comprendió desde esa fecha que se debía proteger y ayudar a los hombres que, como el Conde de Brettes, venían al suelo patrio a aportar el acervo de sus conocimientos y energías. ¡Llor a su nombre, pues fue el primer colombiano de los tiempos modernos que estudió y visitó estos recónditos parajes!

El valle de Palomino es el mayor que hemos visto en la parte superior de la Sierra, y bien puede tener una población de más de cinco mil habitantes, dedicados a la agricultura. Allí se dan admirablemente la caña, el maíz, arracacha y yuca: el café, si lo cultivaran, no tendría rival en todo Colombia; las pocas matas que vi dan un fruto superior al de los casetales de Viotá, Icononzo y Las Mesitas.

Descansámos unos días en Palomino hasta que reunimos los indios indispensables para continuar nuestro viaje. Silvestre Labata, el más civilizado de todos los arhuacos, nos proporcionó indios que nos llevaran el equipaje a un platanal suyo que tiene junto al río Egemeshi, afluente del Don Diego, y nos indicó una pica o trocha abierta por él, por considerarla más útil a nuestro intento. Ocho horas gastámos en llegar al famoso platanal de Labata, donde su hijo nos recibió con la mayor indiferencia, sin moverse de su chinchorro. No estaba acostumbrado a recibir semejantes visitas, y debido a esto o al mismo miedo le faltó ánimo para ser más atento con nosotros; pero siempre le pedimos unos plátanos, que nos regaló con algunas ahuyamas y mazorcas.

De aquí seguimos en dirección norte, a buscar el Don Diego; pasámos el río Jámichi, tributario del Don Diego, y después de caminar dos horas, encontramos el Hulueshi, o río Don Diego, caudaloso, de aguas puras y cristalinas, pero tan impetuoso, que no pudimos vadearlo de ningún modo. Por esta razón nos dirigimos hacia el Sur, durante varias horas, hasta encontrar el único paso vadeable, pero siempre con algún peligro, por la mucha agua que llevaba, como en efecto me sucedió, pues al intentar vadearlo perdí el punto de apoyo que llevaba y fui arrastrado por la corriente, donde hubiera perecido si el Padre Bernardo no me prestara una pronta y eficaz ayuda. El hermano Angel y un gendarme estuvieron a pique de ser arrastrados por la corriente, y hubo necesidad de prestarles ayuda.

Extenuados por el cansancio, y mojados, continuámos nuestro viaje por bosques seculares y fértiles llanuras, hasta el platanal de Juan Jacinto Jándiua, indio arhuaco muy rico, que tiene bastante ganado, casas y sementeras en todo el camino que recorrimos hasta San Andrés de Ríofrío; desde este punto, llamado Bumhuama-

Ieshi, pueden ir bueyes a Riofrio; pero como los tenían en los páramos, tuvimos que llevar el equipaje a cuestras una jornada más. La ascensión fue dura. Una subida de ocho horas desde 1,000 hasta 4,000 metros, sin descansar un momento, con un sol abrasador, que nos quemaba las espaldas, y con un misérrimo desayuno, acabó con las fuerzas y alientos que teníamos, y a duras penas pudimos llegar, a las dos de la tarde, al sitio llamado Justakue, de José Noivita. Desde este punto se ve todo el valle del Don Diego, desde la cabecera, formada por los nevados occidentales, los páramos de Chalui y las vertientes del Mukuamalagueka. No tengo palabras para describir la vista de este hermoso y encantador valle. La fantasía de Andrés Bello al pintarnos en hermosísimos versos lo que es la Zona Tórrida, o la pluma de oro de Miguel Antonio Caro necesitaba yo para haceros sentir aquel panorama tropical, coronado de nieves que en hilos de plata caían sobre una gran concha que formaba el río Don Diego. Liquefines y musgos apegados a las rocas daban las primeras señales de vida vegetal, que iban creciendo con el cinodon dactilon, agrostis, lobelias y plantagus que ocupaban la región inmediata, para dar luego lugar a una vegetación más robusta de palmas, cinchonas, perseas y mil variedades y especies vegetales útiles a la industria, farmacopea y agricultura, que cubrían de verdor todo el valle, como inmenso toldo, hasta la desembocadura del río, escondiendo bajo sus sombras profundísimos barrancos, rocas talladas a pico, animales ponzoñosos, fieras de todas clases, dantas, cauqueros y una multitud de animales útiles y provechosos que como reyes dominan aquellas soledades. La temperatura bajó en este lugar a 5 grados centígrados. En esta altura no sólo se dominaba la tierra y se escudriñaban los más escondidos rincones de la Sierra, sino que se observaban otros fenómenos no menos curiosos y emocionantes.

Las nubes también ofrecen sus bellezas. Cuando pasa una tormenta, se van poco a poco disipando las nubes que cubren el horizonte, y toman distintas formas y coloridos caprichosos, modelando en el cielo fantásticas figuras que se destacan en el fondo azul del firmamento. Acababa dellover; las nubes, como avergonzadas de haber bañado tan reciamente la tierra, se iban poco a poco bajando para reconciliarse con ella, hasta besarle los pies; nubes que bajaban y subían, tomaban una dirección y la desandaban; volvían a inclinarse hasta lo profundo del valle, y se levantaban hasta tomar una posición tranquila y reposada junto a la madre tierra, como si fuera común el lecho de ambas, como lo era el de su primer origen. El Sol, al retirarse de la escena, teñía con débiles reflejos aquellas nubes que momentos antes aparecían tan turbulentas e inquietas. Nosotros, desde nuestro observatorio, descubríamos el gran laboratorio de la naturaleza, donde la luz, en asocio del agua y del aire, elaboraba meteoros que llevaban la destrucción y la muerte a la tierra.

Bello era todo esto, pero el cierzo que sopla de la Nevada nos obligó a suspender nuestras observaciones y a retirarnos a la casa, y allí, al amor de la lumbre, pasámos una de las más gratas noches de nuestra vida, por vernos junto a las nieves perpetuas y por haber pasado una de las partes más difíciles y agrestes de nuestra exploración.

Bien temprano pasámos el páramo de Mukuamalagueka, que estaba cubierto de escarcha y donde el termómetro marcó 2 grados centígrados. El frío era intenso, y desde aquí vimos claramente la ciénaga, toda la orilla del mar, hasta las Bocas de Ceniza, y por estar nublado no pudimos distinguir la ciudad de Barranquilla. Debajo de estas crestas vimos dos profundísimas lagunas, que dan principio al Riofrio. El indio que nos acompañaba nos

aconsejó que no gritáramos al pasar junto a las lagunas, porque se ponían muy bravas y mataban la gente. Para demostrarle lo contrario gritamos y arrojamos piedras, sin que se realizasen los temerosos presagios del indígena. Seguimos paralelamente esa cordillera, hacia el Sur, por unos terrenos admirables para el cultivo de papas y leguminosas, apenas utilizados por una o dos familias de arhuacos que viven en estas alturas. Otras dos lagunas encontramos en este camino, que forman también las cabeceras del Riofrio. En la cumbre de este páramo vimos un hermoso hato del arhuaco Ceferino Nolabita, que bien merece consignarse en esta conferencia. En un valle formado por dos cerros que se desprenden de la Nevada occidental y que forman las cabeceras del río Sevilla, cubierto en toda su extensión por una gramínea que me parece el *cinodon dactylon*, L., estaba el ganado, compuesto de magníficas reses, parecidas a las de la raza Doran, o a las de algunas que últimamente se han introducido en la Sabana de Cundinamarca. Sobre todo, vi un ternero de un año de edad, que hubiera llamado la atención en cualquiera exposición agrícola, por sus proporciones, gallardía y buena estampa. Continuamos bajando por este valle hasta un rancho que posee el mama Juan Jacinto, llamado Guekatabaca, en la cabecera del Sevilla, y que probablemente es el mismo de que habla Simons en su Memoria a la Sociedad Real de Geografía de Londres, que está situado a unos nueve mil quinientos pies sobre el nivel del mar, donde pasamos la noche.

A las seis de la mañana salimos de Guekatabaca en dirección a Eibiklak; faldeamos un cerro cubierto de paja de la misma especie que la que encontramos en los páramos, hasta dar vista a los valles de Riofrio, Córdoba, Orihueca, Sevilla y Cataca, a la inmensa sabana que desde la Nevada llega hasta el Departamento de Bolívar, a las poblaciones de uno y otro lado

del río Magdalena y a una gran extensión del mar. Bajamos por una pendiente muy fuerte, hasta llegar a la loma que separa el río Orihueca del Riofrio, conocida con el nombre de Eibiklak. En verano no es malo del todo este camino, mas en invierno con gran trabajo pueden pasar los bueyes; pero nosotros no podíamos salir de aquellos profundos barrizales. Metidos constantemente en los charcos, no creíamos llegar nunca a San Andrés, y cuando más afligidos estábamos, se descolgó un aguacero a las once de la mañana, tan recio y largo que parecía iba a durar todo lo restante del día, sin tener un rancho donde albergarnos. Ateridos de frío, mojados hasta los huesos y muertos de hambre y cansancio, llegamos a las cuatro de la tarde a la ranchería de San Andrés, donde estaban descansando nuestros baquianos, riéndose de nuestras desventuras. El comisario Joaquin Nolabita y Casimiro Sundancama nos atendieron con provisiones y nos ofrecieron unos chinchorros para descansar, en Casamaria, que aceptamos muy agradecidos. Descansamos un día en esta ranchería, porque materialmente no podíamos dar un paso. Maravillados quedaron los arhuacos al enterarse de nuestro largo viaje, en pleno invierno, hecho todo a pie, sin descansar apenas en todo el trayecto más que lo absolutamente necesario; pero si quedaron ellos admirados de nuestra gallardía, no menos lo fuimos nosotros de su vigor y resistencia, como se verá por el caso siguiente:

Salimos de Palomino con los indios José de la Cruz Jándiua, Benito Noibitá, Pedro Nolabita, José Miguel Nolabita y José Antonio Jándiua, con sus mujeres; cada uno llevaba en una mochila nuestro pesado equipaje, y las mujeres llevaban otra mochila con sus cosas. Abria el camino la mujer de Pedro, machete en mano y cargada con una gran mochila; con paso seguro caminaba esta india, cortando las ramas que

obstruían el paso, sin señales de fatiga, cuesta arriba, y tan aprisa, que los que no aceleraron el paso se quedaron bien atrás. Después de caminar unas cinco horas, por veredas que no merecen tal nombre, le pidió a su marido la mochila que llevaba, que pesaba más de una arroba, y la cargó hasta el final de la jornada. Nosotros, en cambio, no llevábamos sino la mochila con el brevario, y los soldados su fusil, y sin embargo no podíamos seguirlos. Se explica esta resistencia física en el hombre, por el continuo ejercicio y por el uso del hayo o coca, que tiene propiedades especiales, y una de ellas es la de apagar los estímulos del hambre y darles fuerza para resistir largos viajes; pero las mujeres no usan el poporo, ni toman el hayo, ni fuman, y demuestran una virilidad y fortaleza semejantes a la de aquella mujer que nos refiere el señor Groot en su *Historia Civil y Eclesiástica de la Nueva Granada*.

Como no había en todo el pueblo otra casa que la Cansamaría donde pasar la noche, allí nos refugiamos, confundidos con los indios, que nos acosaban a preguntas, deseosos de saber el objeto de nuestro viaje. Nos acostamos, pero ellos continuaron hablando hasta la madrugada. Orador hubo que estuvo hablando desde las diez de la noche hasta las doce, sin ser interrumpido por ninguno de los oyentes. ¡Lástima que dotes tan sobresalientes de tribuno se pierdan en medio de los bosques!

San Andrés está situado frente al San Lorenzo, sobre una cuchilla que arranca de la cordillera Eibiklak y va a parar a la cuenca de Riofrio; su altura no excede de mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar; está rodeado de bosques seculares, hasta llegar a las plantaciones de banano. Es terreno de café, y por su vecindad a Riofrio, pues lo separan unas seis horas de camino, y por la gran cantidad de quebradas que tiene, sería la región cafetera por excelencia, muy superior a las haciendas de

café que tenemos en las faldas de La Horqueta y del San Lorenzo.

Apenas repuestos de nuestro cansancio, emprendimos el camino que va al pueblo de Riofrio, a las cuatro y media de la mañana. Bajamos muy bien los últimos contrafuertes de la Sierra, favorecidos por la sombra; pero al llegar al fondo del valle, donde la vegetación es más clara, el sol caía sobre nuestras espaldas como maza de fragua. Seguimos largo trecho por una quebrada seca, donde no pudimos encontrar ni una gota de agua. Agotados por el calor, no creíamos poder resistir más; sin embargo, haciendo un supremo esfuerzo, seguimos quebrada abajo hasta encontrar el camino de hierro que nos llevó a Riofrio, siendo recibidos por el señor Pepin y sus dignos compañeros con el cariño y afabilidad que les son característicos. Reciban el más caluroso aplauso y profundo agradecimiento de nuestra parte, por las atenciones y cuidados de que fuimos objeto.

No era nuestro intento llegar hasta este lugar, pero la falta de viveres y de personal que abriera una trocha por las crestas del Mutanchi y Guachaca, que nos llevara a las cabeceras del Córdoba, ya exploradas por mí en otra ocasión, y de allí por Cincinnati a esta ciudad, nos obligó a seguir el camino de los arhuacos, por considerarlo más corto y con más facilidad para encontrar recursos.

¿Cuáles son los resultados de esta exploración? Hélos aquí:

Geología de la Sierra Nevada.

Aunque la geología de la Nevada merece un estudio especial, que todavía no se ha hecho, ni nuestras exploraciones son tan completas que nos permitan tratar esta materia con pleno conocimiento de todos los materiales que la com-

ponen, sin embargo le dedicaremos unas líneas, lo mismo que a su riqueza mineralógica, orografía, hidrografía, fauna y flora, y a la fertilidad de sus terrenos, antes de hablar del camino de esta ciudad a Riohacha y de la colonización de la Nevada.

Por el examen macroscópico de las rocas encontradas en nuestra exploración, especialmente en la masa del gran macizo, se ve claramente que su formación es hidrotermal. Allí aparecen las masas graníticas escuetas, donde se las puede examinar perfectamente; sienitas, protoginas, pegmatitas, feldespatos y enormes cerros de silice y mica, descompuestos por la acción del anhídrido carbónico, que las aguas arrastran constantemente de las partes altas de la cordillera. No encontramos productos volcánicos ni cráteres en la parte superior de la Sierra, y esta es la opinión de todos los que han estudiado y visto la Nevada.

"Este gigante de la orografía colombiana —dice De Brettes,— completamente aislado de la Cordillera de los Andes, es de formación enteramente granítica y no volcánica, como se ha dicho por error. He recorrido este país en todos sentidos, durante cuatro años, y no he encontrado nunca cráteres activos, ni tampoco lava, piedra pómez, escorias, basaltos, etc. etc., signos característicos de toda formación volcánica." Simons es de la misma opinión cuando dice que es la Nevada una sublevación granítica posterior a los depósitos carboníferos. No obstante la opinión de estos dos exploradores que mejor conocieron la Sierra por tener los elementos necesarios que les dio el Gobierno Departamental durante los cuatro años que estuvieron a sus órdenes, el doctor Felipe Pérez afirma que en el año 1565 hizo la Nevada su postrera erupción y arrojó lava a más de veinte miriámetros de distancia, y que sus detonaciones fueron oídas en Bogotá. Fácil sería salir de la duda si el Gobierno del Departamen-

to formara un museo petrográfico y mineralógico de todo el Departamento, que podría servir de consulta a cuantos se dedican a esta clase de estudios.

Dada la separación de la Nevada de la Cordillera de los Andes, y su diferente composición mineralógica, la carencia de volcanes y su reducida extensión, preguntamos: ¿ocurrió su levantamiento en una época más remota, o coincidió con la aparición de los Andes en la formación del Nuevo Continente? La antigüedad de las rocas se conoce por el orden de superposición que guardan entre sí, llevando la supremacía las rocas cristalinas, que, como el granito, son las primeras en su formación, viniendo después las rocas metamórficas, eruptivas y de estratificación; mas no corresponde la antigüedad de su formación con la aparición de sus masas sobre la superficie del globo. Mosquera cree que el levantamiento de los Andes fue contemporáneo al de la Sierra Nevada, y que ambos corresponden a los sacudimientos violentos del período terciario.

Han juzgado algunos geólogos que el gran movimiento de la tierra, al formar las series de las cordilleras que corren sobre las costas occidentales de las dos Américas, de una parte, y que se prolongan de la otra hasta el Imperio de los birmanes, siguiendo la dirección de un semicírculo de la tierra, ofrece los caracteres más marcados y prueba el resultado de las más recientes catástrofes sufridas por nuestro planeta. Debería satisfacerse mi pensamiento con esta teoría, tanto más cuanto que hombres sabios y profundos la han establecido; pero al considerar la formación geológica de la Nueva Granada, encuentro yo que esa gran cadena de cordilleras que va desde la Patagonia hasta California no pasa la Nueva Granada, indicando que allí está el centro de donde parten los ramales y montañas subandinas. Considerando los grupos de montañas que se levantan

tan al norte de este gran Continente, parece que el movimiento de la tierra se inició levantando la primera cadena de montes, cuyas cimas son las Antillas, y cuyas bases parece están en la cordillera submarina que sirve de límite al mar Caribe, cadena que indica bien que por allí se ha comunicado el movimiento a la gran Cordillera de los Andes, que, en mi concepto, es la cadena oriental. La Sierra Nevada de Santa Marta viene en seguida como otro punto culminante del gran levantamiento de la tierra. Continuando este movimiento de la tierra de Norte a Sur, se explica bien que las corrientes ígneas, combinadas con el enfriamiento de la tierra, dieron origen a este Continente. De este modo los terrenos primitivos de Nueva Granada se levantaron simultáneamente con los montes de Parí, que en la parte septentrional dieron origen a la formación de la América.

Mineralogía.

La riqueza mineralógica de la Sierra Nevada es muy problemática. No dudo que los españoles explotaran unas importantes minas de oro en el valle de Palomino y de que sean ciertas las noticias de Fray Pedro Simón y de Zamora sobre las minas de la Nevada. Muchos son los denuncios de minas que se han hecho, principalmente de oro, en estos últimos treinta años. Por exigencias de un naturalista francés mandaron los Misioneros Capuchinos a París algunos ejemplares de rocas de la Nevada, para analizarlos, y en los ensayos se notó la presencia del oro. No hay duda pues de que existe el precioso metal en la Sierra; y los ejemplares que debe de tener este Departamento como pruebas del denuncio confirmarán su existencia. ¿Porqué no está convertida la Sierra Nevada en una segunda Antioquia? ¿Porqué se explotan las minas de Marmato, las de Santa Ana y otras muchas de la República, con

magníficos resultados, y aquí vemos impasibles correr al fondo del mar ese codiciado mineral? Ingenieros de fama universal han visitado nuestra Sierra, como Sievers, Nicholas, Striffler, Lockett, Flory, Simons y muchos otros, y ninguno de ellos se ha decidido a emprender aquí los trabajos que M. Brochon emprendió en las minas de Alta, Baja y Vetas de Santander. Todo el oro corrido denunciado en los ríos de San Juan del Córdoba, Mamato-co, Sevilla, Cañas y Riohacha se podría explotar en un año, pues el campo de explotación es sumamente reducido; pero no daría siquiera para los gastos. Esta es una razón en la cual se habrán fijado todos los denunciadores de minas para no emprender ningún trabajo a ese respecto.

No han descubierto otros minerales fuera de la calcopirita y de la hulla. Según los informes de Mr. Flory, cuenta el primero ciento cincuenta kilómetros de extensión, y poco más o menos el banco carbonífero. Las minas de cobre se explotaron en un tiempo, y el Ingeniero Director de esas minas, doctor Rafael Espinosa Escallón, me habló de ellas y de sus escasos rendimientos. No sé si ha continuado la explotación de dichas minas.

Las de hulla no se han explotado todavía, y no sabemos cuándo les llegará su turno; la distancia que las separa del mar exige un ferrocarril que las exporte económicamente. El año de 1846 intentó el señor Nicolás Danies construir un ferrocarril que pasara por toda la región carbonífera y cuprífera, hasta llegar a Valledupar, pero los trastornos políticos del año 1848 lo impidieron. El año de 1872 el Gobierno le dio privilegio a este señor, sin que llegara a efectuarlo; el año de 1880 se concedió nuevo privilegio a Victor Dugand y a Antonio Amaya Daza, sin resultado ninguno. Últimamente el Gobierno concedió ese privilegio a los señores Goenagas, los cuales tampoco han

logrado llevarlo a la práctica. De suerte que la minería no tiene actualmente grande importancia en el Departamento del Magdalena, y casi ninguno en la Nevada; pero lo único que vale y puede cambiar el porvenir de Riohacha son las minas de carbón y de cobre situadas en los contrafuertes orientales de la Sierra Nevada.

Orografía.

Ningún sólido del globo tan elevado, en proporción a la superficie de su pedestal, como la Sierra Nevada. Forma un verdadero triángulo isósceles, cuyo vértice—la Punta de la Aguja—dista ciento cincuenta kilómetros de la base del triángulo, que son, por el Este, la Cuesta del Soldado y por el Sur, el Alto de las Minas. En tan reducido espacio presenta un número considerable de montañas, que forman otros tantos ríos y quebradas. La dirección de la cordillera principal es de Este a Oeste, en cuyos extremos está cortada bruscamente por dos elevadísimas montañas. Cuatro ramas importantes se desprenden del macizo, en dirección norte: el Chirua, que se forma en los páramos Takina, sigue por detrás de San Antonio a unirse con el Nanú, donde se bifurca, yendo la rama derecha entre el Clara y el río de Dibulla, y la otra sigue la dirección del río Ancio. El Circaino, que viene de Macotama, se une al cerro Caracas, a los dos Chibilongüis y al Kabikungüi. Más abajo de Santa Rosa se dirigen los dos extremos del Kabikungüi, uno al Norte y otro al Oeste, en busca del río Palomino. El Chalui se desprende de los mismos Nevados y sigue paralelo a la cuenca hidrográfica del Don Diego, hasta que se confunde con otras montañas cerca del mar. El Mukualagueka, que se forma al extremo occidental de la Nevada, después de seguir en dirección norte unos diez kilómetros, se divide en dos ramales, uno que toma la dirección nordeste,

siguiendo la izquierda del Don Diego, y el otro ramal se dirige al Oeste, el cual separa las aguas del Córdoba y del Riofrio de las del Mendiguaca, y se une al San Lorenzo y a la Horqueta, en la cabecera del Córdoba. La cordillera del Eibiklak, que pertenece a la región occidental, es la más importante entre todas las cordilleras que se levantan en esta parte de la Nevada, pues forma el nudo principal de donde arrancan los contrafuertes que separan las aguas del Orihueca, Sevilla y Tucurínca. Como espero continuar mi exploración por esa vía hasta dar cima a mis estudios de la Nevada, dejo para entonces esta cordillera como punto de partida. De estas cuatro ramas parten otras menos importantes que dan origen a muchas quebradas.

Hidrografía.

La hidrografía de esta región es muy importante, por el número considerable de ríos que la recorren en todas direcciones, apenas aprovechados como fuerza hidráulica para la luz eléctrica de la ciudad y para regar los pequeños predios de Mamatoco, Gaira y Santa Marta, las plantaciones de banano y algún otro cultivo de maíz, siendo la principal arteria de riego el canal de Riofrio. Los principales ríos de la Sierra, como Don Diego, Palomino, Ancho, Ranchería, Badillo, Guatapuri y Ariguani se pierden en absoluto para la agricultura, y vemos, por otra parte, perderse lastimosamente las cosechas de maíz, agostarse los pastos y morir las reses de hambre y sed por no aprovechar los medios de vida que nos ofrece la naturaleza.

Fauna.

No es excesivamente rica nuestra fauna. De los implacentarios tenemos al *dydelphis* o chucha. De los desdentados, al oso hormiguero (*myrmecophaga didactyla*), al perico ligero (*bradypus trydactylus*), al *dasyopus ticenetus* o armadillo. De los perisodactilos tenemos un ejemplar importante, al cual han dedicado los naturalistas notables trabajos para clasificarlo: el *tapirus americanus*. Este animal recorre las cordilleras, baja a los llanos, y no es difícil encontrar sus huellas cuando se camina por la montaña. De los artiodactilos está el *dicotyles labiatus*, o zaino, y el ciervo, ambos numerosos en toda la Sierra. Los cuadrumanos abundan en nuestros bosques de tierra caliente, lo mismo que las aves del género *psittacus*, *penelope cristata*, *ourax alector* y *ortalida squamata*. Pero los ofidios y los artrópodos ofrecen vastísimo campo al naturalista, especialmente al entomólogo, que puede enriquecer su colección con alguna especie nueva en la clase de los arácnidos y en los órdenes de los coleópteros, lepidópteros e himenópteros.

Flora.

Pocas regiones pueden presentar en tan corto espacio de terreno variedad tan sorprendente de especies vegetales como esta prodigiosa Sierra. Desde la región de los líquenes, género *physcia*, que crece a más de 4,000 metros, va descendiendo la vegetación en zonas que presentan numerosas especies de las familias de las compuestas, labiadas, ciperáceas, liliáceas y gramíneas, que constituyen la base de la alimentación del ganado. Luégo vienen las arundináceas, palmáceas, helechos (género *alsophyla*), rubiáceas (género *cinchona*), orqui-

deas, leguminosas (género *acacia*) y mimosas. Tan variada es la flora de la Nevada que pocas familias botánicas dejan de tener digna representación en géneros y especies, pero especialmente las útiles para la construcción y ebanistería, como el guayacán, cedro, caoba, ébano, etc. Quejase Simons de la pobreza vegetal de la Nevada, donde es bien raro encontrar vegetación lucida: cuevas escarpadas y desiertas, coronadas de perpetua nieve, solamente presentan en la superficie un decorado de yerbas débiles, por donde se ven cortar numerosos arroyos, quebradas y ríos, mientras que puede notarse que en los flancos de la Cordillera de los Andes, al través del valle que baña el río Cesar y en la dirección de Villanueva, hay selvas frondosas e impenetrables, producto de una vegetación rica y enérgica, a una altura que puede apreciarse no menor de diez a doce mil pies. Esto me confirma más en la opinión que había formado en mi excursión al San Lorenzo, de que Mr. Simons no recorrió la parte norte de la Nevada. El Circaino, el Chalui y otras montañas que arrancan de los mismos nevados tienen una vegetación digna de la Zona Tórrida, y a medida que se aproxima a la región circumpolar, la vegetación disminuye y queda representada por las familias y especies que antes he mencionado. Hay algunos cerros completamente rocosos, con una delgadísima capa vegetal, cubiertos de abundante paja; pero en las montañas, donde la capa vegetal es más profunda, la selva sube hasta donde la detienen los fríos de la Nevada, y aun aquí mismo encontramos la *thibaudia macrophylla*, el *hesperomeles obtusifolia*, el *hypericum thesiifolium* y otras especies que abundan en los páramos de Cundinamarca. También hemos visto en el mapa de Mr. Simons otras graves equivocaciones respecto a la posición geográfica de los pueblos de los arhuacos, como Santa Rosa, Santa Cruz, San Miguel y Palomino, y al cur-

so de los ríos Don Diego y San Miguel. Las cabeceras del Riofrio están formadas por cuatro lagunas dignas de figurar en el mapa de la Nevada. No es extraño pues que se exprese tan desfavorablemente sobre su vegetación, no habiendo recorrido estos parajes.

Los terrenos en general son fértiles, y a medida que los valles son más extensos aumentan en fertilidad, por ser mayor la capa vegetal y humifera que contienen. En las plantaciones de los arhuacos, en los bosques que atravesamos, pudimos apreciar lo que serán estos terrenos cuando la labor y el trabajo del hombre conviertan en productivas sementeras las dilatadas selvas de la Nevada.

Camino de Santa Marta a Riohacha.

Uno de los motivos principales de nuestra exploración era estudiar la posibilidad de abrir un camino por la parte alta de la cordillera, ver los puntos por donde había de pasar y el costo probable de la obra. Parece extraño—decía el doctor Ramón Goenaga, el año de 1890—que siendo Santa Marta y Riohacha las dos principales ciudades del Departamento, hayan permanecido sin caminos que las comuniquen por tierra, desde hace muchísimos años. Apenas si existe un sendero para gentes de a pie, y por él hubo de encaminarse la fuerza que evacuó esta plaza en 1885, y sin duda ha obrado en el ánimo de los Gobiernos para no hacerlos, la facilidad de la vía marítima, por estar ambas ciudades situadas en la costa. En 1882 dispuso el Gobierno que se hiciera una excursión por Mr. F. A. Simons, quien rindió un informe detallado. En el año de 1890 ordenó una exploración definitiva el mismo doctor Goenaga, para hacer una pica que fuera regular y para ver si había posible desvío de las escarpas que llevan

el nombre de Pasos de Maroma. Practicada ésta, se obtuvo el informe de que esa cordillera está formada de arenisca fácil de cortar con picos, y de consiguiente no había porqué suspender más la ejecución de la obra. Se midió la distancia que hay desde esta ciudad a Riohacha, que produjo la suma de 157,730 metros. La Junta de Fomento y Agricultura de Riohacha celebró un contrato con un señor Barros, pagándole \$ 200 oro por cada cinco kilómetros de camino; sin embargo el camino está todavía por hacer. El doctor Luis José Barros, siendo Gobernador de este Departamento, hizo un viaje por toda la orilla, con el objeto de estudiar la posibilidad de abrir el tan deseado camino. Los informes que mandó al Gobierno por ahí andan publicados en un folleto, y prueban la dificultad y enormes gastos que originaría la apertura de ese camino por la orilla del mar. Ignoro si los demás Gobernadores del Magdalena han intentado hacer algo sobre este particular; creo que no, vistas las insuperables dificultades con que tropezarian y la mayor sería la construcción de treinta y seis puentes sobre otros tantos ríos y quebradas.

Nadie ignora la necesidad de abrir ese camino, desde el punto de vista de la defensa nacional. La Nación carece de marina de guerra para poder defender la Costa Atlántica, desde el Golfo de Urabá hasta Castilletes, en La Goajira. En el mes de septiembre último tuvo necesidad el Gobierno de mandar una fuerza armada a la laguna de Tucacas. Hacinada en una goleta, sin condiciones higiénicas, partió la fuerza para Riohacha. El Ministro de Guerra ordenó que continuaran su viaje hasta la laguna, pero no pudieron realizarlo, porque las goletas se negaron a transportar la fuerza sin una fuerte suma pagada al contado. Obligóles entonces el Ministro a hacer el viaje por tierra, pero por la falta de camino no pudieron cumplir con esta orden; de suerte que los sol-

dados, después de permanecer en Riohacha más de un mes, regresaron a Santa Marta sin haber cumplido la misión y las órdenes del señor Ministro. ¿Qué sucedería si nuestra vecina República de Venezuela, con la cual mantenemos buenas relaciones, invadiera parte de La Goajira con gente armada, como la ha invadido con toda suerte de explotadores? ¿Qué haría el Gobierno si el Perú, con su armada, se apoderara de Bahiahonda o de algún otro puerto de La Goajira? ¿Cómo irían nuestros soldados a defender el suelo patrio invadido por el extranjero?

No es menos necesario este camino para el desarrollo de los pueblos que viven al este de la cordillera. Encerrados por dos largas y escarpadas sierras, apenas pueden comunicarse con la capital del Departamento, sin un grandísimo rodeo. La vida estacionaria a que están reducidos va creciendo a medida que decrecen el comercio y los negocios en Riohacha; la emigración constante de los hijos de las Provincias de Padilla y de El Valle aumenta sin cesar, no por esterilidad de la tierra, sino por falta de caminos que faciliten la exportación de sus artículos a los mercados consumidores. ¿Qué se puede esperar de una región aislada completamente, apenas visitada por las autoridades departamentales, sin ningún comercio y sin ninguna industria? El Valle ya no es la hermosa y culta ciudad de la Colonia, llena de elegantes edificios y cuna de grandes talentos. San Juan, cuna del Ilustrísimo Celedón, y Villanueva no son lo que debieran ser si los caminos acortaran la distancia, y el mismo Riohacha, patria del gran Padilla, situada junto al mar, con el mercado goajiro (que bien puede llamarse la despensa de la ciudad), ha visto con dolor que sus más preclaros hijos la han abandonado: los apellidos más ilustres desaparecieron, quizá para no volver más. ¿No quiere decir esto que los pueblos se suicidan cuando les falta el am-

biente social? Vedlo si nó en lo que ocurre en toda esa región, digna de mejor suerte. Puede tener Colombia los terrenos más fértiles del mundo, las más ricas minas del globo, pero si carece de vías de comunicación que extraigan y exporten sus productos, es lo mismo que si no los tuviera.

Esto, en cuanto a lo que afecta a los pueblos de las Provincias de Padilla, de Valledupar y de La Goajira. Mas existe para nosotros una razón potísima que inclinará vuestro ánimo, y sobre todo el del actual Gobernador, doctor Manuel G. Angulo, a comenzar cuanto antes esta obra de perdurable memoria para el que la realice, y es la misma Sierra Nevada.

Tiene esta cordillera toda suerte de climas y temperaturas, desde la tórrida hasta la glacial, y desde el clima más palúdico y nocivo hasta el más sano, fresco y reconstituyente. Toda la costa está azotada por una enfermedad llamada anemia tropical; el terrible flagelo del paludismo, que se ceba especialmente en la gente dedicada al cultivo del banano y en los que viven en esa región; la fiebre amarilla, que, salvo raras excepciones, ataca a cuantos no han nacido en esas costas; la necesidad de mirar por la salud de la fuerza que el Gobierno tiene en toda la costa, y el bienestar general de cuantos viven a orillas del mar, exigen una población en la cordillera, que reúna todas las condiciones de salubridad, que sirva para cambiar de estación, recobrar la salud o temperar cuantos lo necesiten y quieran.

He visto un punto en la Nevada muy a propósito para la fundación de esta ciudad—y que someto a la consideración del señor Gobernador y de una Comisión nombrada por él, para ver si es así,—el cual está situado a una altura de 2,000 metros sobre el nivel del mar, y al que no dudo aplicarle los conceptos que el doctor José M. Goenaga aplica en su opúsculo *Colonización de la Sierra Nevada a la antigua*

Colonia española de San Sebastián de Rábago: "es una región de la Sierra Nevada donde se encuentran terrenos fértiles, y en una elevación adecuada para producir todos los frutos de los climas templados y fríos. Los inmigrantes europeos y las familias del interior del país que quieran radicarse allí tendrían todo lo que pudieran apetecer, como clima fresco y saludable, tierras, como ya he dicho, de una extensión sin límites, propias para el cultivo y la cría, abundancia de aguas, carencia completa de plagas de todo género, tan mortificantes en las tierras calientes, y vecindad al mar, para llevar sus productos. Tendríamos pues una región con clima casi igual al de Bogotá, a una distancia corta de Santa Marta."

Para esto necesito que abramos el camino y me prestéis vuestra ayuda. Quiero ver en la Nevada el gran sanatorio de San José de la Montaña, donde vayan a recobrar la salud los enfermos, donde vigoricen su sangre los hombres de trabajo, donde encuentren emociones iguales a las que sienten los excursionistas en los Alpes y en el Himalaya, subiendo a los nevados, bajando a las caprichosas y profundas lagunas que forman el Riofrío, Cataca, Guatupuri y Badillo, donde podamos ofrecer a las personas amantes de lo bello y de lo grandioso toda suerte de panoramas, las bananeras de tierra caliente, las plantaciones de café, las explotaciones de caucho, los magníficos ingenios de azúcar, los algodones de la Sierra y las magníficas vistas del Nablui. No temo decirlo que, abierto el camino, llamará prontamente la atención esa parte rica de la Sierra Nevada. Los habitantes de las costas no vacilarían en cambiarse de residencia en ciertas épocas del año; el Gobierno Nacional tendrá allí un lugar de aclimatación para las tropas que deben servir de guarnición en los Departamentos del litoral; y al establecerse el hospital militar, bastarían únicamente el clima y la alimentación

para reparar la salud de esos infelices soldados, condenados hoy a morir de la fiebre en las poblaciones de la costa.

La ruta que nosotros seguimos por la Nevada, y que queda marcada por el mapa que está a vuestra vista, no es la misma que debemos seguir, sino la siguiente: de Santa Marta a Mamatoco, Horqueta, cabecera de Mendiguaca y Guachaca. En este sitio debemos colocar un tambo hasta que se tale la parte de bosques necesaria para la fundación del futuro pueblo. Desde aquí continúa el camino hasta encontrar el río Don Diego en la parte vadeable. De Don Diego sube el camino por una cuchilla del Chalui, para llegar al valle y al pueblo de Palomino. Desde este lugar se puede llegar en una sola jornada a Santa Rosa o a Pueblo Viejo, cuando esté terminado el camino. De Pueblo Viejo, por detrás del monte Nannú, siguiendo la cuchilla y el playón, a Dibulla, y de este pueblo, por La Enea y Camarones, a Riohacha. En seis días puede hacerse el viaje desde esta ciudad hasta la de Riohacha, sin grandes fatigas, en todo tiempo.

Teniendo en cuenta que la mayor parte del camino ha de ser por medio de la selva virgen; que hay que levantar puentes de madera en los ríos Don Diego, Palomino, San Miguel y Garavito; que hay que tallar el camino en el valle de Santa Rosa, en la peña viva, y que en casi todo el trayecto ha de hacerse nuevo, los doscientos kilómetros de camino no los podría hacer ningún contratista por menos de \$ 100 oro el kilómetro, o sea \$ 20,000. El doctor Goenaga, en el memorial que presentó al Senado el año de 1884, para la apertura del camino de San Sebastián, pidió la suma de \$ 10,000; cantidad mucho menor que la que se necesita para abrir el camino de esta ciudad a Riohacha, dada la longitud tres veces mayor de esta vía que la

de San Sebastián. Nosotros nos comprometemos a poner ese camino al tráfico en un año, si el Gobierno Nacional y el Departamental nos prestan su ayuda, si las importantes Compañías The United Fruit Company y The Santa Marta Railway Company Limited, la Inmobilié Agricole, y los valiosos elementos de civilización y progreso radicados en esta ciudad, prohijan la empresa y cooperan a los gastos, y no dudamos que así lo harán, dadas las condiciones especiales de estas Compañías. No hay más que recordar lo que era esta ciudad antes de colocar la primera traviesa del ferrocarril, antes que plantaran los primeros campos de banana, antes de que en la falda norte de San Lorenzo se sembraran las primeras matas de café. Santa Marta, en aquel entonces, carecía de comercio, era una ciudad muerta, que había cedido su puesto de honor a Barranquilla, la cual, después de llevarse el comercio, le arrebató también sus mejores familias; mas hoy, al conjuero de la locomotora, que vertiginosa recorre sus campos, le han vuelto la vida y el comercio, y a medida que este camino de hierro penetra en el interior, pronto veremos las regiones fértiles del Ariguani; las ricas minas de cobre de Camperucho y las producciones de café y cacao de El Valle, aumentar el comercio y la riqueza de esta ciudad. El trabajo de Mr. Marshal y de sus dignos compañeros adelanta y prospera, no con la rapidez de nuestra imaginación tropical, sino con la estabilidad y firmeza del carácter anglosajón. La Compañía de fruta ha obrado otro nuevo prodigio. Los campos de Ríofrío, Sevilla, Aracataca y Fundación eran extensas llanuras, pobladas de espesísimo bosque, sin aplicación ninguna inmediata, donde se paseaba el tigre en busca de su codiciada presa; mas ahora, recorred esos parajes, y veréis bellísimos campos, y vuestra admiración no tendrá límites al ver lo que hacen la fe y la constancia de Mr. Carr, del señor Montejo,

Gallegos, Pepin, Baillancourt y otros dignísimos Jefes que han dedicado su talento, energías y capital a cambiar la atmósfera de la ciudad de Bastidas; si, finalmente, todas las fuerzas vivas de Santa Marta se ponen de nuestro lado y prestan su contingente para la apertura de tan notable mejora para esta ciudad y para todas las poblaciones de la costa.

Para principiar el camino necesito el siguiente material:

Cuatro sierras mecánicas para trozar árboles.

Cuarenta machetes para abrir la trocha.

Veinte hachas.

Veinte zapapicas.

Veinte cavadores.

Veinte palas.

Veinte azadones.

Diez barras de acero.

Ocho carretillas de mano.

Seis almadanas.

Seis quintales de dinamita, y fulminantes.

Con estos materiales, con lo que me ayude el Departamento y con lo que vosotros me ayudéis en metálico, se coronará muy pronto la obra.

Os parecerá, señores, una locura, un desatino, y si hubierais pasado por donde pasamos nosotros, y sufrido las fatigas y angustias que sufrimos, calificaríais la obra de imposible. Así juzgaron los compañeros de Colón su intento de descubrir un Nuevo Mundo, y sin embargo aquél, con su visión de sabio, con su constancia de mártir, con su virtud de santo, nos descubrió la Patria que hoy habitamos.

Gonzalo Jiménez de Quesada, al partir de esta ciudad al Valle de los Alcázares, nombre con que él bautizó la Sabana de Cundinamarca, jamás pensaba los trabajos y sufrimientos que le aguardaban, y aunque los presintiera, no dejó de seguir su camino hasta ver el final de su exploración. Fue otra locura, otro desatino, que

hoy alabamos y bendecimos en el bachiller granadino. Cuando veáis terminada la obra y recorreráis la Sierra Nevada montados en brioso caballo, y admiréis sus bellísimos paisajes, y gocéis el clima delicioso, y sintáis nueva vida en vuestras arterias, y desde los picos del Nablui contempléis el mar Caribe, y lleguéis con vuestra vista hasta la ciudad de Curazao, y dirijáis vuestros ojos a los innumerables barcos que recorren el mar en busca del puerto de Santa Marta, entonces bendeciréis las locuras de los Misioneros Capuchinos, que os dieron un camino por la Sierra Nevada, después de cuatrocientos años de descubierta.

Colonización de la Nevada.

Es inútil pensar en colonias agrícolas sin abrir primero caminos que den a conocer los terrenos cultivables y que reúnan las condiciones necesarias del caso. Por esta razón fracasó M. Juan Elías Gauguet con su colonia el año 1873. Escogió lo peor de la Sierra para fundarla: un bosque virgen, clima cálido y húmedo. Las fiebres y la plaga acabaron con todos los individuos de la colonia. Eliseo Réclus cuenta él mismo su fracaso de colonización; y otras muchas incipientes colonias, tanto nacionales como extranjeras, fracasaron por idéntico motivo. En el folleto publicado últimamente por el doctor José Manuel Goenaga sobre colonización de la Sierra Nevada se pueden ver los trabajos que en ese sentido se han intentado: el año 1845, el Coronel Joaquín Acosta, los Presidentes Herrán y Mosquera, el General Obando; el 1872, el doctor Ramón Goenaga; el año 1882, el inglés Mr. F. A. Simons; en 1884, el mismo doctor José Manuel Goenaga. El año 1891 el doctor Ramón Goenaga confió una comisión al Conde de Brettes para la colonización de La Goajira y Sierra Nevada, pero nada de esto ha tenido resultado satisfactorio, pudiendo muy bien repetir ahora

las palabras de Eliseo Réclus: "Ahora parece que hubiera más indiferencia por la Nueva Granada que hace tres siglos." Enantes bastantes miles de españoles desafiaron la muerte por ir a conquistar ese mundo que Colón les había hecho surgir del seno de los mares como otro planeta pareado con el nuestro. De más de un siglo a esta parte hemos visto desaparecer las hermosas ciudades que los Jesuitas fundaron en los Llanos de San Martín y Casanare; los veintinueve pueblos que los Capuchinos catalanes levantaron en esos mismos Llanos; las grandes yeguas y hatos que dejaron los Padres Jesuitas y de los cuales se aprovecharon Piar, Páez y otros Generales de la Independencia para pelear contra los españoles; las minas de diamantes que los Padres explotaban en esa región, según escribe el Coronel Ramón Guerra Azuola. Hoy día hay que mandar del Tolima a los Llanos la mayor parte de los caballos que necesitan los dueños de las haciendas.

En el año 1899 el primer Superior de la Misión Capuchina de La Goajira y Sierra Nevada—Padre José de Valdeviejas—presentó al Gobernador de entonces un proyecto de colonización de la Nevada, que hubiera dado magníficos resultados si la muerte prematura de dicho Padre y la escasez de personal en la Misión no hubieran malogrado tan hermosas esperanzas. El proyecto en referencia dice así:

"A cada familia debe darse lo siguiente:

"1.º Veinticinco hectáreas de tierra (monte), a elección de dichas familias, entregándoles el título de propiedad.

"Nota—Por familia se entiende un matrimonio con los hijos menores de diez y seis años, o dos hombres que formen compañía. Es condición indispensable que sean de diez y seis a cuarenta años y presenten certificado de buena vida y costumbres.

"2.º Ofrece igualmente el Gobierno a cada una de esas familias darles, por espacio de un

año, a contar desde el día de su llegada a Riohacha, 10 reales diarios para su manutención; y si en el año segundo no les produjere su trabajo lo suficiente para mantenerse, se les dará lo mismo que en el primero, pero con la condición de reintegrarlo en el año.

"3.° Se le dará a cada familia una pareja de bueyes para labrar la tierra, y las herramientas que les entreguen al salir de España.

"4.° A cada familia se le dará casa para vivir en su respectiva colonia.

"5.° El Gobierno se encarga de pagar el transporte desde el puerto de Santander hasta Riohacha, de dichas familias, y los gastos desde Riohacha hasta el punto de su destino, con más los que se originen en los días que estén en dicha ciudad.

"Nota—Si ocurriese que alguno se pusiese enfermo hasta llegar a la colonia de su destino, el Gobierno se encarga de lo necesario para su restablecimiento."

Luégo viene una lista curiosísima de los granos, hortalizas, árboles frutales, frutas secas y útiles de labranza que debían traer esas familias.

"En mi concepto—dice el Gobernador,—este sistema de Misiones Católicas, ayudadas de colonias agrícolas, es el único medio de reducir a vida civilizada a esos infelices que vendrían a ser un elemento poderoso para el desarrollo del Departamento."

El Padre Prefecto del Caquetá ha presentado al doctor Francisco Javier Zaldúa un proyecto de colonización del Caquetá, que juzgo daría mejor resultado en la Sierra Nevada. Por la importancia que tienen estos documentos quiero insertarlos en esta conferencia:

"La colonización y civilización del Caquetá y del Putumayo.

Bogotá, 11 de septiembre de 1911

Muy ilustre señor doctor Francisco Javier Zaldúa, Canónigo de la santa Iglesia Catedral de Bogotá, Presidente de la Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia—En su casa.

"En toda empresa noble y gloriosa ha ocupado la Iglesia siempre un puesto de honor. Hoy que el sentimiento patrio, cual chispa eléctrica, ha cruzado del uno al otro confín el ámbito de la República, encendiendo en el corazón de todos los colombianos el fuego sagrado de la Patria, me permito dirigirme a esa honorable Junta, y por su acreditado conducto al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo Primado de Colombia, para interesarle en un proyecto de altísima civilización y suma trascendencia en los críticos actuales momentos.

"Colombia no podrá defender el rico territorio del Caquetá y del Putumayo si no lo coloniza, puebla y civiliza. Convencidos los Misioneros de esta importantísima verdad, hace tres años trabajamos incansables en la apertura de un camino que comunique aquella dilatadísima región con el resto del país. Como complemento de esta obra trascendental expuse al Excelentísimo señor Delegado Apostólico que deseaba presentar al Gobierno un proyecto de colonización.

"Su Excelencia no sólo aprobó mi plan, sino que me indicó también ser muy conforme con las ideas que en diferentes ocasiones había emitido sobre el mismo asunto. Como verá pues, se trata por de pronto de fundar con familias nacionales una colonia en el Putumayo, en un

punto donde el río es navegable y hasta donde debe prolongarse el camino que estamos construyendo.

“El proyecto ha merecido benévola acogida de parte del Gobierno, y abrigo fundadas esperanzas de que se le prestará atención preferente, desde el momento que lo patrocina el Excelentísimo señor Delegado Apostólico. La colonia se convertirá muy pronto en una ciudad, que será la base de las operaciones de Colombia en aquel hermoso territorio, y baluarte contra las agresiones de vecinos ambiciosos, y además, un medio muy poderoso para la catequización de tantos infieles como vagan por aquellas selvas.

“El colombiano — tan entusiasta siempre de las glorias y el honor de la Patria — dará una nota de intenso patriotismo encabezando una suscripción para tan noble objeto. La Iglesia, que tiempo há, por medio de las Misiones, ha sido la más acérrima defensora de los derechos de Colombia en aquella región, acreditará una vez más que no es indiferente a los infortunios de la Patria, si toma la iniciativa en un proyecto de tan capital importancia.

“La Iglesia podría interesar a todas las clases de la sociedad, nombrar juntas y establecer centros en todas las ciudades y pueblos de la República, para recolectar fondos y hacer surgir, como por ensalmo, una ciudad en las riberas del Putumayo.

“Hoy es ya un hecho la apertura del camino al Putumayo, que comenzamos y proseguimos los Misioneros Capuchinos, como también del que dirige el General Santos, de Guadalupe a Florencia y Caquetá, pues el Gobierno manifiesta decidido interés por aquellas importantísimas vías, y no es de presumir falten los recursos necesarios para llevarlas a feliz término. Secundar la obra del Gobierno en la patriótica labor de civilizar el Caquetá y Putumayo, y asegurar, por este medio, la soberanía

de la República en aquella región, ha de ser el mayor timbre de gloria para la Iglesia en Colombia.

“Quiera Dios que mis humildes conceptos encuentren benévola acogida en esa honorable Junta, que usia tan dignamente preside, y mueva el ánimo de nuestro amadísimo Primado, que tantas pruebas ha dado de amor a las almas e interés por el honor y engrandecimiento de la Patria.

“Dios guarde a usia por muchos años.

“Fray Fidel de Montclar,
“Prefecto Apostólico”

“Proyecto de colonización del Caquetá y del Putumayo.

“Colombia está condenada a perder las inmensas y feracisimas selvas del Caquetá y del Putumayo, si no hace un esfuerzo supremo para colonizar aquellos Territorios. La conducta que sigue hoy el Perú, mañana la seguirá cualquiera otra nación, si Colombia continúa en dejar abandonada la más rica porción de su suelo, que es justamente la puerta para comunicarse con muchas de las Repúblicas suramericanas, y hasta con Europa y Norte América.

“Urge pues que Colombia promueva activamente, y sin perdonar gastos y sacrificios, la colonización del Caquetá y del Putumayo por medio de la inmigración nacional y extranjera.

“Colonización con nacionales.

“Juzgo que debe comenzarse la colonización con gente del país. Hé aquí el proyecto:

“1.° Terminar, sin pérdida de tiempo, los dos caminos en construcción, a saber: de Pasto a

Mocoa y de Guadalupe a Florencia, prolongando el primero hasta Puerto Asis o La Sofía, en el Putumayo, y el segundo hasta diez leguas más abajo de Florencia, descendiendo por la margen derecha del Ortegusa. Esos dos puntos tienen suficiente agua para que los respectivos ríos sean navegables.

"2.º Proceder inmediatamente a talar y limpiar en los mencionados puertos una o dos leguas cuadradas de terreno, hasta dejarlo en estado de sembrar. Acto continuo, trazar el plano del pueblo y construir cien o doscientas chozas, a manera de casas.

"3.º Terminada esta operación, se entregará a cada colono una casa y veinte hectáreas de terreno limpio, herramientas y semillas. Durante medio año se les darán asimismo viveres en crudo. Si el colono permanece dos años en la colonia, adquirirá por este simple hecho la propiedad de la casa y terreno que recibió; si en este tiempo abandona la colonia, perderá todo derecho, y el Gobierno lo dará a otro colono que desee establecerse en el lugar.

"4.º Juzgo que no debe auxiliarse a los colonos con dinero, porque el Gobierno se expone a perder la suma que invierta, sin conseguir su objeto. Los agricultores pobres, que son los que desearán formar parte de la colonia, gastarían la plata que recibiesen, y luego abandonarían la colonia, mientras que con el procedimiento indicado no se perderán tan fácilmente los recursos que el Gobierno invierte y se obligaría indirectamente a los labradores a permanecer en la colonia.

"5.º Hé aquí el presupuesto de gastos para la creación de una colonia de cien familias colombianas:

"a) Talar y limpiar veinte hectáreas de terreno o selva para una familia, a razón de \$ 10 oro por cada hectárea. \$ 200

Pasan \$ 200

Vienen.	\$ 200
"b) Construcción de casa.	150
"c) Herramienta y semillas	50
"d) Alimentos para medio año.	125

"Total. \$ 525

"Para cien familias, \$ 52,500 oro.

"Colonización con familias extranjeras.

"1.º De cuenta del Gobierno se preparará el terreno, se levantarán casas y darán viveres, herramientas y semillas; según queda indicado en la colonización con familias nacionales, y además se abonarán los gastos de viaje hasta el lugar de la colonia.

"2.º Como los extranjeros que han de venir a colonizar el país son generalmente pobres y gente plebeya, el Gobierno celebrará contratos con empresarios o compañías que se comprometan a buscar colonos y trasladarlos al lugar designado.

"3.º A fin de evitar el grande inconveniente de que vengan a Colombia personas peligrosas por sus depravadas costumbres e ideas anárquicas, el Gobierno celebrará los mencionados contratos únicamente con empresarios de notoria probidad. Una de las cláusulas del contrato debe ser que los contratistas no traerán al país sino individuos morales y católicos, comprometiéndose a exigir los certificados que sean necesarios de las autoridades en donde hubiesen vivido aquellos individuos.

"4.º Para que el Gobierno no aventure exorbitantes sumas en una empresa de la que todavía no hay precedentes en Colombia, debe comenzar la colonización de extranjeros en pequeña escala, aumentando gradualmente la suma destinada al efecto.

"5.º Creo que se puede comenzar trayendo veinticinco familias extranjeras, destinándoles

uno de tantos puntos cercanos a Mocoa, donde el clima no es muy ardiente.

"El proyecto de gastos es el siguiente:

"a) Talar y limpiar veinte hectáreas de selva para cada una de las veinticinco familias, a razón de \$ 10 oro cada hectárea.....\$	200
"b) Construcción de la casa.....	150
"c) Herramienta y semillas.....	50
"d) Alimentos para medio año....	125
"e) Gastos de viaje para cada familia.....	600

"Suma total para una familia. . . \$ 1,125

"Total de gastos para veinticinco familias, \$ 28,125.

"Si el Gobierno no está en disposición de hacer gastos notables para traer familias extranjeras, no debe en manera alguna dejar de fomentar la inmigración de familias nacionales en el Caquetá y en el Putumayo, por el procedimiento indicado al principio de este proyecto.

"Fray Fidel de Montclar

"Bogotá, 15 de agosto de 1911."

"Junta Arquidiocesana Nacional de la Obra de las Misiones en Colombia—Bogotá, septiembre 20 de 1911.

"Señor.

"Por la nota del Reverendo Padre Fidel de Montclar, Prefecto Apostólico del Caquetá, dirigida a la Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, de que soy Presidente, verá usted la importancia del plan en ella propuesto para la defensa nacional, seguridad

de nuestras fronteras y civilización de los Territorios del Caquetá y del Putumayo.

"La Iglesia y el Clero—que siempre han estado a la cabeza en toda obra de civilización, y que en nuestra Patria, en todos los tiempos, han sido iniciadores, cooperadores y obreros fecundos, no tan sólo del bien espiritual de las almas, sino también de la felicidad de la sociedad, de la dignidad de los pueblos y del honor y seguridad de la Patria,—por iniciativa del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo Primado, y bajo su sabia dirección, quieren coadyuvar a las benéficas empresas iniciadas por los celosos Misioneros del Caquetá, los cuales, mediante sus esfuerzos y evangélicos trabajos, conocen las necesidades de aquellas apartadas comarcas, su topografía, sus riquezas ingentes, que han despertado y mantienen vivas sobre nuestras fronteras del Sur tenaces ambiciones, codicias inquietas, desapoderadas invasiones, con las cuales en estos momentos se ha alarmado justamente el sentimiento público y se ha lastimado el patriotismo, tan hondo, tan delicado y tan sensible entre los colombianos.

"El fomento de las obras emprendidas y deseadas por los Misioneros en aquellas comarcas, su ensanche y su adelantamiento serán medio rápido y seguro para atajar el mal, levantando intranscendible barrera a la ambición, fijando nuestras fronteras, y extendiendo hasta ellas la soberanía de la Nación. Si se presta valor y aliento a los Misioneros del Putumayo y del Caquetá, ellos podrían emprender grandes cultivos, acometerían fundaciones, levantarían caseríos, aldeas, y hasta ciudades, centros poderosos de población, baluartes, puertos avanzados de civilización y de defensa. Con un cordón de poblaciones y de plantíos tendidos sobre la frontera tomaría Colombia posesión del territorio y haría valer sus derechos; de esos centros saldrían hoy agricultores, y mañana soldados vigilantes sobre la frontera, y recur-

sos y elementos para sostenerlos. Aunando los esfuerzos, por el acercamiento de la civilización cristiana y de la riqueza pública, en las regiones del Caquetá y del Putumayo, se habrá provisto de la manera más eficaz y provechosa al problema de la defensa del territorio nacional y a la seguridad de nuestras fronteras, y una vez más el amor a Dios y el amor a la Patria habrán producido en Colombia frutos de bendición.

“Cuantiosos son los recursos necesarios para coronar la obra, pero menores, si, incomparablemente menores, que los indispensables para levantar, equipar y mantener ejércitos.

“Si Colombia, por un movimiento unánime, se dirige en defensa del territorio al lugar del peligro y al punto de la contienda, para llevar allí, no la destrucción y la matanza, sino la prosperidad y la vida, por el fomento de las Misiones, habrá presentado la mejor prueba de patriotismo y de fe y dado solución al grave e inapelable conflicto.

“Por tanto la Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, creada por el Ilustrísimo señor Arzobispo Primado, en virtud del Acuerdo de las Conferencias Episcopales de Colombia, aprobado por la Santa Sede y por el especialmente dirigida y patrocinada, confía en que usted ayudará, en la medida de sus fuerzas, y en atención a las urgentes necesidades de los Misioneros, con una cantidad de dinero, que podrá usted remitir al señor Tesorero de la Junta en esta ciudad, señor José María Mejía R., carrera 6.ª, número 248, o a los señores Presbíteros doctor Dario Galindo y doctor Diego Garzón, y los señores Manuel del Castillo y Francisco Montoya Lorenzana, miembros de la Junta.

“La suscripción ha empezado a levantarse ya con grande entusiasmo en esta capital, encabezada por el Ilustrísimo señor Arzobispo

Primado, quien ha contribuido con una respetable suma.

“Dios guarde a usted.

“Francisco Javier Zaldúa,

“Presidente de la Junta.”

El proyecto que acabo de leer se puede llevar inmediatamente a la práctica en la cordillera de Santa Marta, con muchas más ventajas que en cualquiera otro punto de la República.

Tan pronto como se abra el camino y se talen unos centenares de hectáreas de bosques se podrá comenzar el cultivo de hortalizas en grande escala, para surtir los mercados de la costa, de Colón y la zona del Canal de Panamá.

Nos decía el señor Gerente de la United Fruit Company que le escriben con frecuencia de Colón pidiéndole cuanta verdura encuentre en el mercado de Santa Marta, porque allá hay una demanda extraordinaria de ese artículo. ¡Cuántas familias se redimirían de la miseria si emprendieran este lucrativo negocio, desconocido en esta ciudad, que no requiere gran capital, y tiene, por otra parte, seguro consumo!

La facilidad y rapidez del transporte a los mercados de Barranquilla, Cartagena y Colón, para donde sale todos los martes un buque frutero; la fertilidad y riqueza del terreno para esta clase de cultivos, ensayados en la hacienda cafetera de Las Nubes, con magnífico resultado; la proximidad del punto exportador y el producto inmediato que obtendrá el capital empleado en este negocio, inclinarán, sin duda, el ánimo de los agricultores a iniciar este cultivo, que reporta tantos beneficios a los hortelanos de los alrededores de las grandes ciudades cu-

ropeas. El consumo de hortalizas en París asciende a muchos centenares de toneladas diarios, que representan muchos miles de francos. Nueva York, Chicago, Washington y Buenos Aires consumen igualmente enormes cantidades de verdura. Los trabajadores del Canal y los habitantes de las poblaciones de Colón y Panamá harían un consumo importante de este artículo, desde el momento que se estableciera un mercado regular de abastos en Colón. No tardaría mucho en ser mayor la demanda que la oferta, máxime desde el momento que se inaugure el Canal interoceánico. La provisión de verduras y frutas para los barcos constituiría una fuente de riquezas igual o superior al cultivo del banano. Lo que más se apetece a bordo de los buques, y lo primero que encargan los despenseros a los consignatarios de los barcos, es la consecución de estos artículos en abundancia. Debe por lo tanto el Departamento ganarse a todo trance ese mercado: ninguno tiene las ventajas de nosotros, como ninguno tampoco carece tanto de ingresos como nosotros, y la ocasión que se nos brinda no debemos rechazarla en manera alguna, sino fomentarla hasta el logro completo de nuestro deseo.

Y no sólo la hortaliza debemos explotar en la Sierra Nevada, ya porque se carece de este artículo en toda región, ya porque las condiciones del terreno se prestan para ello, sino también los árboles frutales, que darán espléndido resultado. El naranjo, la chirimoya, la granadilla y la curuba antioqueña se darían muy bien en la Nevada. La riqueza de las Provincias agrícolas de Valencia, Castellón y Murcia proviene del cultivo de los árboles frutales, entre los cuales ocupa lugar preferente el naranjo, de cuyo fruto se exportan a los mercados de Europa y de América más de tres mil setecientos cincuenta millones de naranjas, que dan un buen rendimiento al agricultor, y es la base de



Grupo de goajiros—El Pájaro.

Otras pequeñas industrias desarrolladas al amparo de este cultivo.

En la misma zona del café se desarrolla admirablemente el naranjo, y sus frutos son más dulces y aromáticos que los de tierra caliente. Las condiciones climatológicas de la Sierra Nevada son superiores a las de Jamaica. De esta isla se mandan a los Estados Unidos y a Inglaterra barcos cargados de naranjas. ¿Porqué nosotros no hemos de convertir en un vergel nuestros bosques, dándoles el perfume del azahar, que mataría las nubes de insectos que pueblan esas espesuras y acarrear la muerte a nuestros sufridos trabajadores? La belleza, poesía y encanto de las Provincias valencianas proviene de sus campos convertidos en vergeles: la tristeza está desterrada de aquella tierra fecunda, sana, alegre y poética. Embellezcamos nuestra Sierra Nevada con los huertos de las Hespérides, con el aroma de sus flores y el dorado fruto de sus árboles.

La reina de las frutas tropicales, que se desarrollaría admirablemente en la cordillera, es la chirimoya, de la familia de las anonáceas, conocida en botánica con el nombre de anona chirimolia, Lamk., propia de clima templado. Donde existe esta fruta quedan relegadas las demás a segundo término; sus condiciones, su aroma la hacen superior a cualquiera otra fruta tropical. El chirimoyo crece bien en los terrenos arenosos y frescos de clima templado, entre los 1,000 y 1,600 metros de altura. Pueden plantarse grandes extensiones de terreno para explotar este fruto, que daría tan pingües rendimientos como los demás árboles frutales. El aprecio que se hace en Bogotá de esa fruta y el precio subido que tiene en el mercado la hacen objeto de lujo, al alcance únicamente de los ricos. Su cultivo en la Nevada podría unirse al del naranjo, ya que ambos exigen un mismo clima.

Como guirnalda a nuestros huertos de naranjos y chirimoyos se podrian formar emparrados de granadillas y curubas, que además de hermostrar los huertos y los jardines, sus frutos serian objeto de un importante comercio. Los extranjeros apenas conocen esta delicada fruta. Los que visitan la altiplanicie han podido apreciar lo delicado y exquisito de aquélla. El cultivo de estas pasifloras es sencillísimo: basta enterrar un sarmiento para que se desarrolle con vigor y se multiplique extraordinariamente; sus frutos resisten el transporte por varios días, de suerte que se podrian mandar a los Estados Unidos y a otras grandes poblaciones de las Antillas.

Desarrollados estos cultivos en la Nevada con las familias que se trajeran del interior o con algunas otras familias italianas o valencianas, la inmigración vendria por sí sola, en vez de seguir la ruta del Brasil, Argentina y Argelia.

"Creo—dice Eliseo Réclus—que la Sierra Nevada de Santa Marta es uno de los países de la América Española que ofrecen más ventajas para una grande inmigración latina. En efecto, ese macizo, completamente separado de los Andes y del resto de la Nueva Granada por valles profundos, por lagunas y pantanos, parece hecho para contener una población distinta, que encuentre a su alrededor todos los elementos de la prosperidad más floreciente, salubridad de clima, fertilidad del suelo, facilidad del comercio. Grande como un cuarto de Suiza, la Sierra Nevada podria fácilmente alimentar el mismo número de habitantes que esta República."

"Los terrenos fértiles—dice el Conde de Brettes—y sanos de la Sierra Nevada de Santa Marta eran desconocidos de los primeros españoles: estaban lejos de pensar que ese enorme macizo orográfico cuya cima anuncia a más de ciento ochenta millas en alta mar la proximi-

dad de la tierra colombiana, ocupa una superficie de un millón seiscientas mil hectáreas, y encierra altiplanicies y valles que no ceden en nada a los más ricos y los más agradables países del mundo. Es un país maravilloso, cuyo porvenir quedará asegurado desde que se tomen con ese propósito medidas realmente prácticas. Esta considerable extensión del territorio colombiano saldrá al fin del inexplicable abandono en que ha permanecido hundida, a pesar de todo lo que se ha dicho de ella y se ha escrito sobre ella."

Simons dice que toda la comarca entre los rios Badillo y Ranchería es muy sana y a propósito para el establecimiento de colonias, que en sólo la ocupación de criar ganados podrian ver duplicarse pequeños capitales cada dos años. El Coronel Acosta aconsejaba al Gobierno la fundación de una colonia en el valle de Chimichagua, situado al sur de la Nevada, en las cabeceras del Ariguani, que goza de clima sano y tiene una extensión de más de treinta mil fanegadas de tierra útil. El Ilustrísimo señor Obispo Celedón indicaba como terrenos a propósito para colonias agrícolas los de Atánquez y San Sebastián de Rábago. Iguales ventajas que las anotadas por el Coronel Acosta en su proyecto presentado al Gobierno el año de 1851, y las indicadas por el señor Celedón en su Gramática Koggaba, poseen los pueblos de Palomino, San Miguel, Takin, Macotama, Guamaca, San Antonio, Puebloviejo, Santa Cruz y Santa Rosa, como valles más o menos extensos y de buen clima, a seis u ocho leguas del mar, al norte de la Sierra Nevada, y Marocaso, La Sierrita y San José, próximos a San Juan de Cesar, al oriente de la misma Sierra.

Todos estos puntos son buenos para la fundación de colonias agrícolas, superiores a las del Caquetá, donde la malaria, el beriberi y toda suerte de dolencias tienen su natural asiento, como lo demostraron los soldados que lucha-

ron en La Pedrera y lo demuestran constantemente los indígenas del Inirida, Apoporís, Vau-pés y otros ríos del Caquetá visitados por el Cónsul español don José María Carulla; pero no obstante estos inconvenientes, todos hacemos votos por que se colonicen cuanto antes esas regiones y se lleven a la práctica los grandes y levantados proyectos patrióticos del Padre Prefecto, del doctor Francisco Javier Zaldúa y del Ilustrísimo señor Arzobispo Primado. En cambio, los arhuacos, que viven en la Sierra, de una salud envidiable, llegan a una gran longevidad, y si no es mayor el número de habitantes de esa región, se debe en gran parte al régimen bárbaro a que someten a los niños recién nacidos, a la falta de cuidados en los primeros años y a los cambios bruscos de temperatura; mas los que logran resistir las deficiencias en los primeros años de la infancia, tienen asegurada la vida por luengos años.

Estoy firmemente persuadido de que todos vosotros profesáis una religión positiva, consustancial a vuestro ser, y que la consideráis como elemento indispensable del orden social; no veréis mal que al lado de una colonia agrícola se levante un templo al Dios Supremo, que llene la primera necesidad de nuestro corazón. Los ingenieros del mayor túnel del mundo, El Simplón, levantaron una capilla y sostuvieron durante las obras un sacerdote que atendiera espiritualmente a los miles de trabajadores del gran túnel. Los dueños de la gran fundición de cañones Krupp han edificado varias iglesias en los terrenos de la Compañía, con el mismo objeto. El gran industrial francés M. León Harmel en su fábrica de tejidos construyó otra iglesia, con el fin de atender a sus buenos y simpáticos operarios. El Capitán Bocandé dio este sabio consejo a un Gobernador de este Departamento: "Le recomiendo que no emprenda el establecimiento de ninguna colonia sin construirles una iglesia desde el comien-

zo: el ánimo del que emigra necesita de auxilio espiritual: hace más de cuarenta años que estoy despachando emigrantes."

No es, señores, el fanatismo quien habla, que en estos momentos es la razón la que discurre, la experiencia de las cosas de la vida. El hombre, animal religioso; después de satisfacer sus necesidades físicas y sociales de aquí abajo, busca algo ultraterreno que no encuentra en la superfluidad de las cosas pasajeras, sino en aquello que es estable, fijo y durable, alrededor de lo cual se mueven todas las cosas, algo invisible que la pluralidad de religiones, de sectas y de ritos demuestra claramente ser necesario al hombre. Y el colono que lejos de su patria y de su hogar lucha con una naturaleza bravia, únicamente por mejorar la suerte de sus hijos, exponiendo su salud a los rigores del clima, a los duros trabajos del campo, necesita recordar con frecuencia la iglesia y el campanario que lo vieron nacer, al Cura párroco que lo afilió al seno de la Iglesia, el altar donde se arrodillaba con sus hijitos, ofreciéndoselos al Dador de todo bien. Estos recuerdos consuelan al colono, alimentan su espíritu, fortifican su flaqueza y le dan nuevos bríos para continuar incansable su labor redentora; pero sin el bálsamo de la religión, que le proporciona la humilde capilla de la colonia, el espíritu del emigrante decae y desfallece, hasta el punto de abandonar su empresa, buscando en otra parte los consuelos de la religión.

Dos colonias solamente deben fundarse ahora, si el Gobierno Nacional y el Departamental del Magdalena, más la Junta Nacional de la Obra de las Misiones, y todos vosotros, prestáis apoyo. Se ensayará toda clase de cultivos, especialmente los que se presten a un seguro consumo y a una fácil exportación. Los artículos más indicados son: el trigo, la cebada y la avena, entre las gramíneas; garbanzos, lentejas, habas, frijoles y guisantes, entre las le-

guminosas; papas, entre las solanáceas; árboles frutales, muchos de los que pertenecen a la antigua familia de las rosáceas y otras especies que se pueden traer de los Estados Unidos o de Europa, según el resultado que se vaya obteniendo. Los horticultores de Bogotá Vicente y Raimundo Umaña han obtenido magníficos resultados con los árboles frutales que han traído del Exterior, injertándolos con los árboles indígenas de la Sabana pertenecientes a la misma familia. Aquí con el tiempo podríamos hacer lo mismo, y quizá con mejor resultado que en el interior.

Abramos pues estas dos colonias a la conclusión del camino, con veinte familias escogidas por una persona de toda vuestra confianza, y el éxito más lisonjero coronará nuestros esfuerzos.

Señor Gobernador, señores:

El porvenir de esta tierra, el progreso inmediato de toda esta rica región, el bienestar permanente de sus hijos, está vinculado en la Sierra Nevada de Santa Marta.

La perspectiva que por medio de la colonización y cultivo ofrece a cuantos se interesan por los beneficios de la civilización cristiana y el aumento de la riqueza nacional, está fuera de toda ilusión, lejos de toda idea quimérica.

La realidad toca a las puertas de Santa Marta desde hace mucho, y tan sólo el descuido y la indiferencia—por una u otra causa que no es oportuno recordar—han podido mantener en un estado de expectativa la iniciación siquiera de los primeros trabajos prácticos que permitan llegar a su cima, desentrañar sus tesoros y explotar las inmensas riquezas que guarda en su selva virgen, en sus valles y faldas, para aquellos que saben que la agricultura y la cría tienen más importancia para la vida de un pueblo que cualquier otro provecho derivado del comercio.

Por medio de la exportación de los productos de aquella región se acentuarán el movimiento de este bello puerto y el rendimiento de la Aduana, y no estaremos sujetos a pagar tan costosamente aun los artículos de primera necesidad para las familias.

De mil modos está interesado el buen nombre de la tierra de Bastidas en secundar, con patentes esfuerzos, y antes de toda iniciativa oficial, la empresa del camino a la Nevada, para adquirir mayores títulos, a los que tiene de noble y generosa en toda idea de adelanto y progreso.

He dicho.

SIERRA NEVADA

El viaje de exploración que por orden del Ilustrísimo señor Vicario Apostólico de La Goajira hicieron a través de la Sierra Nevada los Reverendos Padres Segismundo del Real de Gandía y Bernardo de Torrijas ha producido efecto brillantísimo y consolador.

El Reverendo Padre Segismundo, en la conferencia que estamos publicando en esta revista, con magistral acierto ha desplegado el lienzo de las riquezas que contiene la Nevada; con el compás de sus conocimientos en Ciencias Naturales, ha marcado, con admirable precisión, sus ricos valles, sus gigantescas cúspides, su variada flora, su desconocida fauna, sacando por consecuencia que la colonización de la Sierra Nevada y la apertura de un camino que ponga en comunicación las hermanas e históricas ciudades de Bastidas y Ojeda, será la redención del Magdalena y el aurífero filón de su adelanto, que hará provechoso el sudor de los obreros del trabajo y envolverá en precioso haz de luz a los que hoy, mecidos en las toscas manos del mercenario paganismo, des-

conocen las delicias y fruiciones que siente la humanidad en el prodigioso seno de la verdadera civilización.

La sociedad samaria, sus mejores pensadores, los que al amor a su vida y familia unen el amor al esplendor de su tierra natal, movidos por las patrióticas frases del mencionado Padre Segismundo, han llevado su entusiasmo hasta el solio presidencial de la República, en la siguiente forma:

"Santa Marta, noviembre 7 de 1911

"Excelentísimo Presidente Restrepo, Presidentes Cámara, Ministros—Hijos."

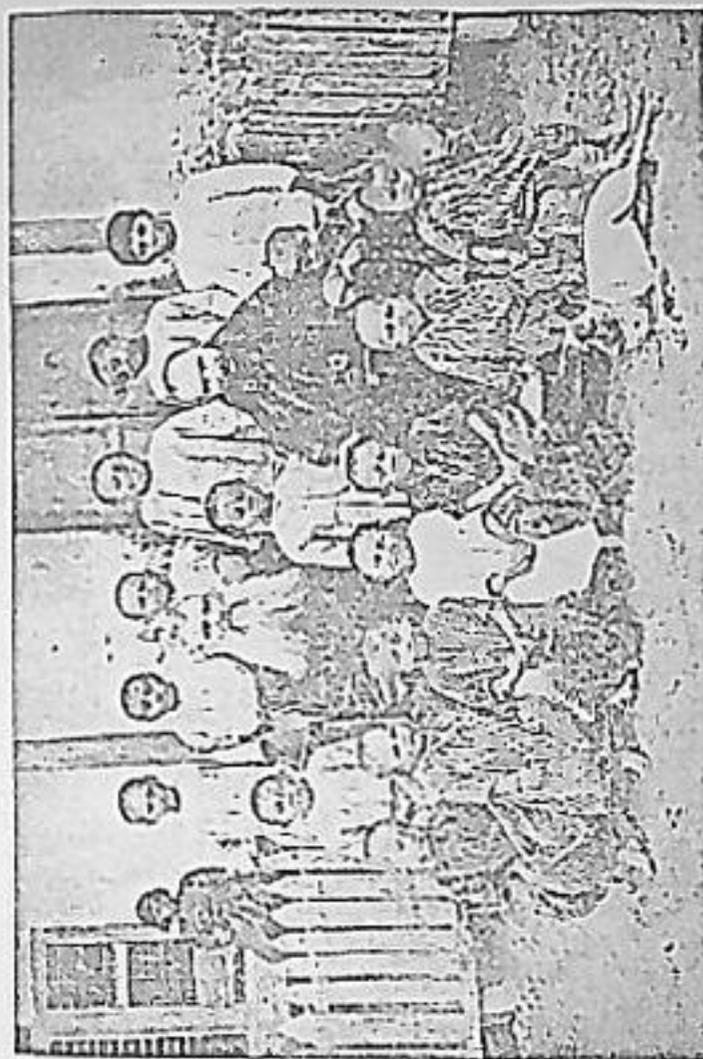
"Asistimos lectura conferencia macizo Sierra Nevada, por Padre Segismundo, Capuchino, Misión Goajira, quien con guías arhuacos transmontó Sierra por encumbradas cimas.

"Expúsose conveniencia apertura camino por fértiles valles, climas sanos, frios comunican Santa Marta, Riohacha, Fundación, poblados, unan pueblos indigenas Sierra con ambas ciudades. Causaria espléndido desarrollo admirable región, via estratégica defensa territorio fronteras. Inmensas riquezas agricultura esas tierras traeria país.

"Gobernador, grupo importantes Compañías extranjeras, numerosos particulares, creen llegada hora explotar riquezas, ofrecen apoyo. Nosotros esperamos Gobierno, interesado bien Patria, prestará real, decidida atención este negociado, ayuda pronta, eficaz realigese idea práctica, útil, Reverendo Padre.

"Servidores,

"Fray Francisco María, Obispo de Santa Marta; Vicente Rizo, Vicario General; J. M. Campo Serrano, Ramón Goenaga, Martín Salcedo Ramón, Ch. C. Bowden, Ernesto Schlegel, José M. Campo, José Gnecco Coronado, Aquiles Noguera, M. A. de Vengocchea, Ra-



Escuela de niños de San Antonio—Goajira.

fael Robles, M. J. de Mier, Florentino Goenaga, Mario Diaz Granados, Lázaro Espejo, César Campo, Alberto Coradine, Carlos E. Lafaurie, Manuel E. Lanao, J. Campo Serrano, Severo A. Castro, Juan Sánchez, Arturo Acuña, G. M. Danies, Manuel Montejo, Vicente Noguera, C. B. Gallego, J. I. Meek, José Díaz Granados, Gregorio Sánchez, Miguel A. Zúñiga, Gonzalo Girón, Rafael de Armas, Alfredo Noguera C., Tomás C. Girón, Gonzalo Girón F., Alfredo González V., Rafael E. Travesedo, Mauricio G. Lafaurie, Ismael Noguera Conde, J. M. Leiva, Julio Urdaneta, C. Eduardo Villa, Jesús María Roa B., José A. Olaechea, M. A. Valencia, Daniel Agudelo P., Joaquin E. Lemos, Gabriel Bermúdez, Diego Pinilla R., José Liborio Rubio V., Manuel G. Núñez R., J. R. Lanao Loaisa, Carlos Iglesias."

"República de Colombia—Telégrafos Nacionales—Bogotá, 9 de noviembre de 1911.

"Ilustrísimo Fray Francisco María, Reverendo Vicente Rizo, señores Juan Campo Serrano, Ramón Goenaga y demás firmantes telegrama de ayer—Santa Marta.

"Salúdolos respetuosamente y manifiéstoles comprendo importancia vía de que me hablan; pero mientras ella no se declare nacional por el Congreso, nada puedo hacer, y quizás tampoco mientras aquella corporación no proporcione los medios de hacerlo, pues los gastos públicos decretados ascienden en mucho al Presupuesto de rentas."

"Convendría preparar estudios completos para el año próximo, a fin de que el Congreso de ese año pueda decretar obra y costos, pleno conocimiento."

"Servidor,

"C. E. RESTREPO"

Para darle forma práctica al plan de colonización de la Nevada propuesto por el Padre Segismundo del Real el 25 de noviembre último pasado, se reunieron las personas de más viso de la capital del Departamento, en el Palacio de Gobierno, bajo la presidencia del señor Gobernador y del muy ilustre señor Vicario General de la Diócesis.

El señor Vicario hizo uso de la palabra, y poniendo en juego todo su entusiasmo, fe y caridad por causa tan lisonjera, manifestó a la concurrencia la necesidad de elegir una Junta que dé impulso y sea la mano dirigente de la empresa, lo que se efectuó al momento, siendo elegidos para constituir la, por mayoría de votos, los respetables señores don Ramón Goenaga, don Florentino Goenaga, don Vicente Noguera Conde, don José María Leiva y don Manuel Montejo.

La ilustración, el desinteresado patriotismo de los señores miembros de la Junta Directiva, nos hacen concebir esperanzas de que el trabajo emprendido no sea una obra que muera en su cuna, sino una obra que impulsada por los triunfos conseguidos en las lides del progreso por tan conspicuos caballeros, será la gloria del Magdalena y la admiración del país.

JUNTA DE FOMENTO DE LA SIERRA NEVADA

Acta

de la sesión del día 27 de noviembre de 1911 de la Junta de Fomento de la Sierra Nevada.

En la ciudad de Santa Marta, a los veintisiete días del mes de noviembre de mil novecientos once, se reunieron los infrascritos miembros de la Junta de Fomento de la Sie-

rra Nevada, en su carácter de Junta Directiva de la Sociedad que se constituyó el día veinticuatro de los corrientes, bajo la presidencia honoraria del señor Gobernador, en el Palacio de Gobierno y por convocatoria hecha por los señores doctores Vicente Rizo, Vicario General de la Diócesis de Santa Marta, don Florentino Goenaga, don José María Leiva, don Antonio B. Abello y don Vicente Noguera C., quienes fueron designados al efecto por el Reverendo Padre Segismundo; e instalada que fue la expresada Junta Directiva en el local de la Gerencia de la Compañía denominada United Fruit C., se procedió al examen de las credenciales, que resultaron como sigue:

*“Gobernación del Magdalena—Privado—Santa Marta,
23 de noviembre de 1911.*

“El Gobernador del Departamento saluda al señor don Vicente Noguera C. y le participa que en la Junta que se verificó en el salón de la Asamblea el día 24 de los corrientes fue elegido miembro principal de la Junta Directiva que tendrá por objeto el fomento de la Sierra Nevada, promover la civilización de los indígenas y construir el camino conforme a las indicaciones hechas por el Excelentísimo señor Presidente de la República.”

Las otras cuatro circulares son del mismo tenor que la transcrita, y fueron dirigidas a los señores doctor Florentino Goenaga, doctor Ramón Goenaga, José María Leiva y Manuel Montejo.

El señor Ramón Goenaga hizo uso de la palabra para hacer la siguiente proposición, que fue aprobado por 4 votos afirmativos y 1 en blanco:

“Procédase a instalar la Junta Directiva bajo la presidencia provisional del señor Manuel Montejo, quien obtuvo el mayor número de votos para miembro de la Junta Directiva—

Santa Marta, noviembre 27 de 1911—Ramón Goenaga."

Inmediatamente ocupó la Presidencia don Manuel Montejo, quien designó como Secretario ad hoc al señor don Vicente Noguera C.

Acto seguido el mismo señor Goenaga sentó la siguiente proposición, la cual fue aprobada unánimemente:

"Procédase a hacer el nombramiento de dignatarios de la Junta Directiva, que serán Presidente, Vicepresidente, Tesorero y Secretario—Santa Marta, noviembre 27 de 1911—Ramón Goenaga."

En seguida se dispuso por la Presidencia hacer la elección de dignatarios, y verificada, resultó como sigue:

Para Presidente: doctor Ramón Goenaga, 4 votos; don Manuel Montejo, 1 voto.

Para Vicepresidente: don Manuel Montejo, 4 votos; doctor Florentino Goenaga, 1 voto.

Para Tesorero: don José María Leiva, 4 votos; doctor Florentino Goenaga, 1 voto.

Para Secretario: don Vicente Noguera C., 4 votos y 1 en blanco.

Acto continuo ocupó la Presidencia el señor doctor Ramón Goenaga, y manifestó que como deseaba hacer algunas proposiciones durante esta primera sesión, esperaba que el señor Vicepresidente ocupara la silla presidencial, con anuencia de la Junta, como así se hizo.

"La Junta creada el 24 de los corrientes para el fomento de la Sierra Nevada, la civilización de los indígenas y la apertura del camino explorado por el Reverendo Padre Segismundo, Misionero Capuchino, asume el nombre de Junta de Isabel la Católica—Santa Marta, noviembre 27 de 1911—Ramón Goenaga."

Puesta en discusión, manifestaron los Vocales Montejo, Leiva y Goenaga (Florentino)

que no veían inconveniente en que así se adoptara. Pidió entonces la palabra el Vocal Secretario para proponer la siguiente modificación, y dijo que creía que debía adoptarse un nombre más concreto, que indicara el objeto especial de la Junta.

Puesta en votación, así fue aprobada con esta modificación:

"Modifíquese la anterior proposición así: Junta de Fomento de la Sierra Nevada—Santa Marta, noviembre 27 de 1911 — Vicente Noguera C."

De seguida se hicieron por el Vocal Ramón Goenaga, sucesivamente, las proposiciones que siguen, las cuales fueron aprobadas por unanimidad:

"Procédase por la Presidencia a nombrar una Comisión que redacte el proyecto de Estatutos y Reglamento—Santa Marta, noviembre 27 de 1911—Ramón Goenaga."

"Procédase por la Presidencia a nombrar una Comisión que redacte, en forma legal, el acta constitutiva de la Sociedad, hecha el día 24 de los corrientes, y de la cual es Delegataria esta Junta Directiva—Santa Marta, noviembre 27 de 1911—Ramón Goenaga."

"Procédase a nombrar miembros honorarios de la Junta de Fomento de la Sierra Nevada al Excelentísimo señor Presidente de la República, al señor Gobernador del Departamento, a los señores Ilustrísimos Obispos de Santa Marta y de Citarizo, al ex-Presidente de la República, señor General José María Campo Serrano, y al Reverendo Padre Segismundo del Real de Gandía, Misionero Capuchino de La Goajira; todos con voz y voto en la Junta.—Santa Marta, noviembre 27 de 1911.—Ramón Goenaga."

"La Junta de Fomento de la Sierra Nevada da un voto de aliento y aplauso al Reverendo

Padre Segismundo del Real de Gandia, Misionero Capuchino de La Goajira y la Nevada, por su importante exploración de este macizo y por la luminosa conferencia que sobre ella pronunció el día cinco de los corrientes.—Santa Marta, noviembre 27 de 1911.—Ramón Goenaga."

Siendo las cinco y media de la tarde, y no habiendo otro asunto de qué tratar, se levantó la sesión, y por ser esta acta la primera, la firman todos sus miembros, después de haber reasumido la presidencia el Vocal señor Ramón Goenaga.

El Presidente, RAMON GOENAGA—El Vicepresidente, Manuel Montejo—El Vocal Tesorero, J. M. Leiva—El Vocal, Florentino Goenaga—El Vocal Secretario, Vicente Noguera C.

— INFORME

del Gobernador del Magdalena a la Asamblea Departamental.

Camino a Riohacha.

El Reverendo Padre Segismundo del Real de Gandia abriga con gran cariño el pensamiento de abrir un camino que pasando por la Sierra Nevada, nos conduzca a Riohacha. Habla de su deseo con entusiasmo que transporta a grandes ideas. Sobre el particular dictó una conferencia en el local donde están reunidos ustedes, la que oyeron con magnífica atención los caballeros de esta ciudad.

Después se reunieron éstos y acordaron una Junta compuesta de los señores Ramón y Florentino Goenaga, Manuel Montejo, José María Leiva y Vicente Noguera C., como principa-

les, y Manuel A. de Vengoechea, Charles Gauthier, José M. Campo R. y Manuel I. Guardiola, como suplentes. Esta Junta se ha reunido varias veces, y ha hecho algunas colectas, con las cuales el Reverendo Padre ha podido estar algunos días en la Nevada, ocupado en abrir la vía que requiere el auxilio del Departamento acordado por la Asamblea.

El terreno tiene muy buena temperatura, y el camino es de fácil construcción. En aquél hay grandes mesas apropiadas para la agricultura, como es de apropiada para todo la inmensa mole, que brinda al Magdalena un porvenir excelso, del cual hablé en otra ocasión.

Facilitaria mucho la aglomeración de los indígenas que pueblan dicho territorio, y se haría sencilla la catequización de esas tribus, cuyas inclinaciones naturales son de orden y de tranquilidad, con lo cual se haría servicio grande a la civilización cristiana y a la cultura social.

En tanto que ustedes ponen por obra su deseo, de que los creo animados, deben también formular alguna petición al Congreso próximo, para que ayude a la obra, en el interés racional de contribuir a la enseñanza de los indígenas, y de echar las bases, por este lado, del progreso agrícola del Departamento.

La conferencia de que hablo fue publicada en la Gaceta. Después dictó otra el ilustre Misionero, que tuvo la fineza de dedicarme, documento que no se ha publicado todavía, pero lo será en breve.

— MEMORIAL

de la Junta de Fomento a la Asamblea.

Honorables Diputados del Magdalena.

Permitidnos que os interrumpamos un instante en vuestras ocupaciones patrióticas, cuales nos imaginamos serán la organización de-

mocrática y científica de los impuestos, su aplicación, con peso, número y medida, y el fomento del espléndido suelo, conjuntamente con el desarrollo moral, material e intelectual de sus habitantes. Sabéis tanto o mejor que nosotros que la situación topográfica del Magdalena es la más importante de las Américas, porque forma el frontón de la del Sur, avanzándose sobre la Europa, que es la fuente de nuestra cristiana civilización; está en el paso obligado de las marinas mercantes y de guerra, hacia el próximo Canal de Panamá; goza de terrenos los más sanos de la tierra, como son los de la península goajira y la Nevada, de los ubérrimos de este Continente, como sabéis que es el valle binario del Ranchería y del Cesar, que rivaliza con los pintorescos de Scarsdale, de Albión; de Orotava, en Canarias; de Quillota, en Chile, y con el del histórico Nilo, al decir, en parte, del ilustrado ingeniero Coronel Locket, compañero del General Lee, quien los visitó. Conocéis las inmensas selvas del Ariaguani, los altillanos y las colinas aluviales del Chamicuipi, los paludes de Zapatosá, la albufera de la Ciénaga Grande, y las vegas marítimas de Santa Marta a Riohacha, en donde las olas cubren de brillantes espumas los gajos de musa paradisíaca, de uvas silvestres y del sabroso icaco, orla naturalísima de esas riberas de mar. Y de en medio de esas llanuras, vallecitos y suaves colinas, se destaca, anunciándose, a noventa nudos, en alta mar, el colosal macizo, argentado por nieves eternas, de donde se despeñan, desde 6,000 metros de altura, hacia los cuatro puntos cardinales, treinta y cinco ríos y torrentes de aguas cristalinas y abundantes, que dotan esa maravilla terrestre de elementos poderosos de progreso, con la inagotable fuerza de hulla blanca que se distribuye en meandros por miles de cuencas y valles, sobre una extensión de veinticinco kilómetros cuadrados; y en ellos la tierra calien-

te, la templada y la fría, fértiles para múltiples productos, con cercanos puertos marítimos, sin rivales preferibles en el mundo. Es decir, que el Magdalena, en su parte física, es un microglobo terráqueo. Sabéis asimismo que aparte de esta gran mole y de las pampas existen los Andes magdalenenses, que por cien leguas forman la prolongación de la alta cadena, la gran cima que señaló Suers, alrededor del lago de Maracaibo, y cuyas vertientes occidentales y norte nos pertenecen.

Y sin embargo, al considerar vosotros, como de un inmenso aeroplano que se cerniera a más de 6,000 metros por sobre la cumbre de la Sierra Nevada de Santa Marta, sólo veriais tachonado el verdor de sus valles y vegas marítimas por una guirnalda de ciudades y villas antiguas, que esperan del tiempo y del momento de ventura, que dice el Ecclesiastés, para alzar el vuelo del progreso, y que son, de Norte a Sur, Riohacha, Santa Marta, La Ciénaga o Nueva Córdoba y Valledupar, vetustas ciudades; y Camarones, Dibulla, Taganga, Bonda, Mamatoco, Gaira, Tomarrazón, Barrancas, Fonseca, San Juan de Cesar, Badillo, Villanueva, Valencia, villas, aldeas y sitios antiguos. Y si pudierais penetrar las selvas con la mirada luminica de los rayos X, veriais las ruinas de Palencia, Tudela, Batoma, Nueva Salamanca, víctimas de excursiones piráticas, al Norte, como las de Ecija, Sevilla y Granada, que reviven al fragor del ferrocarril en Riofrio, Sevilla y Aracataca, asentados quizá sobre sus seculares recuerdos.

¿Porqué no está nuestra tierra próspera y floreciente desde hace siglos? ¿Porqué la bellísima campiña de Bogotá, las montañas de Antioquia, los valles de Chiquinquirá, Sogamoso y Cauca, se le adelantaron, siendo tan me-

diterráneos? Bien conocéis vosotros que el autóctono del Tairona, guerrero ario de raza al pensar de ilustres hombres, no cejó a los tercios españoles en más de un siglo de batallar, y que sólo la muerte y la fusión con los conquistadores hicieron cesar el clamor de las armas en los profundos flancos de las serranías; que doscientos años de rudo batallar con naciones que querían apoderarse de tierra firme, así anglos como hugonotes, no dieron tregua ni reposo a las ciudades costeñas para vivir la apacible vida de Arcadia de aquellos compatriotas nuestros que tañían la vihuela sentados a orillas de las fuentes en las pintorescas arrugas de los Andes; y cuando ya estos litorales señoreaban en el mar Caribe, tras hechos que no les ceden a los de Roma, con espléndidas ciudades como Cartagena de Indias, en donde vivían mil familias cuyos hogares costaba cada uno cien mil duros; con varones ilustres, nobles, ricos e ilustrados, con nombres que figuran en parte en nuestra Epopeya Magna, y otras ciudades y villas costeñas, prósperas, en que formaba una pléyade riente; todo, todo con treinta mil familias desaparecieron en la voragine transformista de la guerra civil de Independencia; y ¡oh dolor! en aquellos centros de cultura y de riqueza, en que somos los ilustres varones, conocidos unos, ignotos otros, nuestros antepasados inmediatos perdieron sus vidas, sus haciendas, sus familias, sin vislumbrar siquiera el feliz albor de la libertad, y de muchos se olvidaron sus apellidos solariegos; y aun hoy, honorables Diputados, a cien años de distancia, sus descendientes legítimos viven como colonos medioevales, sin esa libertad para gobernarse que soñaron los Padres de la Patria, y lo que es más doloroso, casi siempre sin participación en el Gobierno, de quien nos separa mayor tiempo que de la tierra de ultramar.

En esta época de resurgimiento del Magdalena, cuando revive y se repone debido a su propio esfuerzo, nos permitimos llamaros la atención respetuosamente, a fin de que fijéis vuestra mirada a otros medios prácticos de desenvolvimiento, a que pidáis al Congreso de esa Patria grande, para que a pesar de los que miran a la Costa por sobre el hombro, provea en tiempo al crecimiento poderoso, si bien lento, de esta región, y que consagre el cincuenta por ciento (50 por 100) del producto de los dones venales de la naturaleza en nuestra tierra, a darle caminos y a poblar el gran macizo, haciendo suyo el delenda est Cartago del ilustre estadista argentino Alberdi: "poblar es gobernar." Porque nada más necesitamos: el día en que surjan diez villorrios, con cien familias cada uno, en la vía que explora el inteligente y denodado caballero Fray Segismundo del Real de Gandía; el día en que el viajero pueda partir de Santa Marta embelesado por las vistas de las cuencas del Manzanares y del Gaira, y de la Ciénaga, por la hoya fertilísima del Córdoba, para encumbrarse a los valles altos del Mendiguaca, del Guachaca, del Don Diego, visitando esas aldeas que formarán la primera parte de una camándula de pueblos de Santa Marta a Riohacha, en climas sanos y fríos; ese día podréis decir que está firme el progreso del Magdalena y seguro el porvenir de sus hijos y sus futuros habitantes. Meditad, honorables Diputados, en esta visión, realizable, como que ya se palpa en las excursiones hechas por el Padre noble, y votad la suma necesaria para que pueda terminarse la primera etapa, es decir, para que pueda trazarse el primer perfil de ese camino salvador, y pedid al Congreso que dé su contingente para esta grande obra, sacado de nuestro propio suelo, como lo da con gran beneplácito nuestro al Cauca.

Así dejaréis vuestro nombre indeleblemente grabado en la historia de nuestra patria chica,

que llegará a ser la fuente de la Patria colombiana.

Honorables Diputados.

Barranquilla, 1.º de marzo de 1912.

Ramón Goenaga, Presidente de la Junta—
Manuel Montejo, Vicepresidente—Florentino
Goenaga, Vicente Noguera Conde, José María
Leiva.

ORDENANZA NUMERO 37 DE 1912

(DE 3 DE ABRIL)

sobre auxilio a un camino.

La Asamblea del Departamento del Magdalena,
en uso de sus facultades legales,

ORDENA:

Artículo 1.º El Tesoro del Departamento contribuirá, como subvención mensual para la obra ya empezada del camino que de esta ciudad comunicará con la Nevada y Riohacha, con la suma de trescientos pesos oro oficial (\$ 300), hasta completar el total de dos mil cien pesos oro (\$ 2,100), imputable a obras públicas.

Artículo 2.º Serán ritualidades para el pago de la mencionada suma el que las cuentas estén autorizadas por el Presidente de la Junta de Fomento de la Sierra Nevada, Junta creada con tan benéfico fin, y luego con las disposiciones que sobre Hacienda priman.

Dada en Santa Marta a los tres días del mes de abril de 1912.

El Presidente de la Asamblea,

Nicolás DAVILA

El Secretario,

Rafael Urbano Travesedo

*Gobernación del Departamento—Santa Marta, abril
8 de 1912.*

Publiquese y ejecútese.

Manuel G. ANGULO

El Secretario General,

J. Campo Serrano

ESTADO ACTUAL DE LOS TRABAJOS

El día 9 de enero se comenzaron los trabajos del camino a la Nevada, con los escasos elementos conseguidos por el Reverendo Padre Segismundo entre los caballeros de Santa Marta y las Compañías extranjeras.

En el pueblo de Mamatoco dejaron el camino de la línea telegráfica y tomaron el del río Minea, de origen indígena, arreglado más tarde por los esclavos de don Manuel Julián de Mier y últimamente por Mr. O. Fly, dueño de la importantísima hacienda de café llamada Cincinnati Coffee Company. Pasaron por la antigua hacienda de Minea, del señor De Mier, que fue la primera que introdujo el café en Santa Marta; por la de la Compañía francesa; por La Victoria y por la de Cincinnati. Todas ellas dieron el permiso de tránsito para que se pudiera llegar a los terrenos nacionales de la Nevada.

Las primeras labores fueron talar un poco de bosque en el valle de Las Maporas y construir un pequeño rancho, donde se albergaron los trabajadores, por la carencia de tiendas de campaña. Se arregló el camino hasta Cincinnati, que dista de este valle tres leguas, y desde este sitio se hicieron varias exploraciones hasta el boquerón de Buenos Aires, donde se

construyó otro rancho y se taló parte de bosque, de suerte que desde Santa Marta se puede ir montado hasta las cabeceras del río Córdoba, en una distancia de once leguas. Este camino tiene de ancho un metro y medio desde La Tigra hasta Cincinnati, y desde este punto hasta el boquerón oscila entre uno y dos metros. Sin embargo, para que pueda prestar un buen servicio necesita un ancho de tres metros y menos desnivel del que actualmente tiene en algunos puntos.

Desde el citado boquerón se hicieron varias trochas en busca de la mejor vía para salir a la montaña de Las Guacamayas, que mide de altura 1,800 metros: la cumbre es plana casi toda, hasta el sitio llamado La Cruz, que mide 5,825 pies; de ahí en adelante se estrecha la loma hasta llegar a la montaña de Las Orquídeas, que tiene más de 8,000 pies, y donde quedó suspendida la trocha por las lluvias.

Costo del camino.

La distancia que hay entre el camino que viene de Santa Marta para la Nevada y el que sale de Riohacha para Pueblo Viejo de la Nevada, es de cien kilómetros, aproximadamente, y se necesita, según la opinión del Ingeniero Oficial del Departamento del Magdalena y de los demás ingenieros consultados, como Carlos Gautier y O. Fly, la suma de cincuenta mil pesos oro, dando al camino una anchura de tres metros y un desnivel del 8 por 100.

Pueblos por donde pasa el camino.

Este camino comunicará todos los pueblos de arhuacos con Santa Marta y Riohacha; beneficiará a Don Diego, Palomino, Santa Rosa, Pueblo Viejo, donde se situarán las Misiones agrícolas de los Misioneros Capuchinos.

Línea telegráfica.

Este importantísimo elemento de progreso y civilización deja mucho que desear entre Santa Marta y Riohacha: en la mayor parte del año está interrumpida la línea; en una distancia de 140 kilómetros ninguno aprovecha la línea telegráfica; los huracanes continuos, las persistentes lluvias, la carencia absoluta de tránsito por la orilla del mar, deben obligar al Gobierno a cambiarla, situándola en toda la extensión de la Nevada por donde pasará el camino y donde están situados los pueblos. Los pobres Telegrafistas que actualmente viven en Calabazo y en la desembocadura del río Palomino no gozarán de mayores comodidades que las que tenían los que vivían el año de 1907, de los cuales escribía al Excelentísimo señor Presidente de la República el Gobernador del Magdalena: "En Calabazo no hay recursos de ninguna clase, ni más compañía para los Telegrafistas que la que se hacen mutuamente, y la de los mosquitos que los acosan de día, y la de los tigres que los asustan de noche. Profunda pena sentimos al verlos viviendo y trabajando en una ruín choza, en comunidad... con los voraces puercos, y al saber que a menos de una milla, a precio ínfimo, se conseguían las maderas, las piedras y las palmas para construir una confortable habitación, una oficina que correspondiera al buen nombre y a la decencia de los empleados del Gobierno."

Por la cordillera se conservaría mucho mejor la línea telegráfica; los empleados públicos encargados de conservar expedita la línea, gozarían de mayores ventajas y comodidades en clima sano, y los pueblos de la Nevada y los de las Provincias podrían utilizar el telégrafo constantemente, en vez de tener que mandar los telegramas por correo a Santa Marta, para

que desde allí los transmitan. No dudamos que tanto el Gobierno como el Congreso apoyarán esta obra de interés general para el país.

INFORME

del Ingeniero Oficial, relacionado con la exploración que efectuó con el Reverendo Padre Segismundo de Gandía por la Sierra Nevada de Santa Marta.

señor Gobernador del Departamento—Presente.

A las ocho de la mañana del 3 del mes próximo pasado, acompañado por el señor Eustaquio Quintero, salí de esta ciudad en dirección a la cordillera, con el objeto de unirme al Reverendo Padre Segismundo, quien se encontraba en esa fecha por las cabeceras de los ríos Córdoba y Mendiguaca, dirigiendo la trocha para buscar el paso del cerro de San Lorenzo al de Buenos Aires. Tomamos el camino que conduce al vecino pueblo de Mamatocó; un poco arriba de dicho pueblo el camino se bifurca tomando las direcciones sudeste y sudoeste; el primero conduce al caserío de Masinga y a las fincas de café denominadas Terán, Onaca, Girocasaca, Manzanares y Las Nubes, y el segundo va hacia las fincas, también de café, denominadas Minca, María Teresa, La Victoria, El Recreo, y Cincinnati. Esta última dirección tomamos, llegando a Cincinnati a las cinco de la tarde del mismo día. Esta finca es de propiedad de una Compañía inglesa, siendo su principal socio el señor Fly; está situada en la falda occidental del San Lorenzo, a los 4,500 pies sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 18 grados centígrados y a siete leguas de esta ciudad. Allí, debido a la amabilidad y cortesía de Mr. M. A. Carriker Jr., encargado

de la finca, y del joven Rafael, hijo del señor Fly, pasamos una noche confortable, como despedida de la que a toda intemperie y bajo los árboles de la montaña tendríamos que pasar en la excursión que íbamos a emprender.

A las ocho de la mañana del 4 emprendimos marcha, caminando cerca de una hora por dentro del cafetal en la dirección sur, y faldeando el San Lorenzo; atravesamos uno de los contrafuertes de dicho cerro, para tomar la dirección nordeste, entrando en la falda sur del mismo cerro. Este camino, que termina cerca de las cabeceras de los ríos Córdoba y Mendiguaca, fue abierto por el señor Fly en una extensión de cuatro leguas, con el objeto de facilitar el transporte de una pepa producida por una palma que en gran cantidad se encuentra por toda esa región. Esta pepa, que el señor Fly creyó ser la tagua o marfil vegetal, lleva el nombre de mapora, que es una planta leñosa, tronco no ramificado, hojas grandes labeliformes, flores diclinas y fruto pequeño sobre el perigonio persistente, con el endosperma muy duro. De este camino se ha aprovechado el Reverendo Padre para poder adelantar sus exploraciones con el objeto de determinar por medio de trochas los principales puntos por donde debe trazarse el camino de herradura que ponga en comunicación a esta ciudad con la de Riohacha, pasando por los principales pueblos de los indios arhuacos. El camino de que hablo se encuentra en muy mal estado, debido a que fue abandonado desde su principio por no tener objeto, pero se puede transformar en un buen camino de herradura haciéndole algunas variantes y arreglándole algunos pasos malos.

A las nueve de la mañana llegamos al primer tambo construido por el Reverendo Padre, y no encontrando a éste allí, resolvimos seguir en su busca para alcanzarlo, lo cual conseguimos a la una de la tarde en el segundo tambo, al finalizar el camino de que he venido tra-

tando. Desde este punto, que se encuentra a la altura de 6,650 pies, con una temperatura de 14 grados, empieza la trocha que servirá de base para el trazado del camino a la ciudad de Riohacha.

El paso del San Lorenzo al cerro de Buenos Aires y el de éste a las primeras estribaciones de la Sierra Nevada son dos puntos principales y obligados del trazado, razón por la cual el Reverendo Padre se dedicó con ahinco a estudiar la configuración del terreno, lo que consiguió por medio de varias exploraciones, abriendo trochas en varias direcciones, hasta que por fin dio con la deseada garganta que une los dos cerros. Esta garganta, que es la que separa las cabeceras de los ríos Córdoba y Mendiguaca, los cuales corren en dirección opuesta, está formada por una de las cuchillas o contrafuertes del San Lorenzo, que se enlaza con otra igual y de dirección opuesta, nazida del Buenos Aires. La trocha que empieza en el último tambo sigue en descenso esta cuchilla hasta bajar a la planicie que forma la garganta, la cual se encuentra a 6,550 pies.

Quedaba por buscar la otra garganta que diera paso del Buenos Aires a las primeras estribaciones de la Nevada. Para obtener este resultado, el día 5 a las siete de la mañana el Reverendo Padre y yo, con cuatro soldados y provisiones para cuatro días, tomamos la trocha que conduce a la referida garganta ya encontrada, y un vez allí, empezamos a ascender por la cuchilla opuesta, siguiendo la trocha que unos días antes habían abierto los soldados, bajo la dirección del Padre; continuamos ascendiendo hasta la una de la tarde, hora en que llegamos a la cima de la cuchilla, y allí hicimos campamento en una planicie de regular extensión, a la altura de 6,950 pies, con temperatura de 15 grados.

Al siguiente día mañaneamos para continuar la exploración, tomamos la cuenca del río Córdoba, siguiendo por la banda izquierda de di-

cho río, faldeando el cerro de Buenos Aires, en la dirección sudoeste; atravesamos cuatro cuchillas que nacen de la cumbre de dicho cerro y que bajan a morir a orillas del mismo río. Después de mil peripecias y extenuados por el cansancio, resolvimos a las cinco de la tarde hacer alto, y sobre el suelo húmedo de la montaña, en un plano inclinado y sin abrigo de ninguna especie tuvimos que pasar la noche, a la altura de 6,375 pies y bajo la temperatura de 15 grados.

El día 7 por la mañana, y a corta distancia del lugar donde pasamos la noche, encontramos el otro paso que buscábamos. Esta garganta separa las cabeceras del río Buritaca y una quebrada tributaria del río Córdoba.

Regresamos al campamento por la misma trocha que el día anterior habíamos abierto, estudiando al mismo tiempo las desviaciones que se le deben hacer al trazado.

Al siguiente día nos preparábamos para continuar la exploración hacia la otra cordillera, pero en esos momentos llegó un posta llevando una carta del Jefe de las fuerzas acantonadas en esta ciudad, para el Padre Segismundo, donde con urgencia le pedía la tropa con la cual trabajábamos. No habiendo con quién continuar la trocha, resolvimos regresar a esta ciudad, lo cual hicimos al siguiente día.

En un mes, con nueve soldados solamente, venciendo mil dificultades y con escasos recursos, el Padre, debido a su tenacidad, y deseoso de llevar a feliz término tan importante obra, ha explorado más de doce leguas, dejando cuatro leguas de camino, que con pequeñas variantes y el desarrollo correspondiente podrán transformarse en un buen camino de herradura, y ocho leguas de trocha, estudiadas científicamente, que servirán de base para el trazado definitivo.

En lo que se ha explorado, el camino, en su mayor parte, podrá construirse por terrenos

fáciles a la excavación, puesto que no hay grandes cortes en roca; tampoco habrá necesidad de obras de arte ni trabajos que fatiguen la ciencia del ingeniero. La pendiente longitudinal podrá ser del 10 al 12 por 100, y los cortes se podrán efectuar con taludes de 1 a 1½ por 1, y se le podrán dar al camino tres metros de ancho.

Toda esta región está surcada por innumerables arroyos de regular caudal de agua, montañas vírgenes de tierras fértiles; su suelo brinda cierto grado de permeabilidad que permite a los vegetales absorber los elementos asimilables; se encuentran planicies adecuadas para fundar colonias, con climas sanos, temperatura media de 16 grados y terrenos inmejorables para toda clase de cultivos.

El camino es practicable siguiendo la vía adoptada por el Reverendo Padre Segismundo, y en mi concepto es la más directa y económica. Su costo mínimo es de \$ 500 oro por kilómetro, sin incluir cuatro o cinco puentes que habrá que construir en todo el trayecto.

La obra es ardua, por cuanto el Reverendo Padre no cuenta por hoy para su realización más que con su buena voluntad y deseos ardientes de abrir al campo agrícola esa vasta extensión de tierras vírgenes, donde se encuentran altiplanicies adecuadas al cultivo de las tierras templadas y frías; de establecer colonias para atraer brazos, de los cuales tienen tanta necesidad aun las fincas ya establecidas; de llevar la civilización a esos infelices indios, y por último, de abrir un camino de herradura hasta la frontera venezolana, camino cuya importancia nadie ignora, no sólo desde el punto de vista de la defensa nacional, sino por el impulso y desarrollo que le daría a la agricultura en toda esa rica región de la Nevada y península goajira. Una vez abierto ese camino, podría trasladarse a él la línea telegráfica, para aumentar la regularidad del servicio con la mejor vigilancia,



Orfelinato de San Antonio de Pancho—Goajira.

puesto que pasaría por terrenos ampliamente desmontados.

Por todas las anteriores consideraciones es de suponerse que tanto el Gobierno Nacional como el Departamental no serán indiferentes al proyecto del Reverendo Padre Segismundo, y que le prestarán su apoyo auxiliando la empresa del camino a la Nevada.

Soy del señor Gobernador atento, seguro servidor,

Fernando Espejo,
Intendente Oficial.

Santa Marta, mayo 10 de 1910.

LOS ORFELINATOS

Hace años que le preocupa al Gobierno la cuestión Goajira, no resuelta todavía después de varios siglos en que el Gobierno de la Nación española y el de la actual República han intentado resolverlo. Tan salvajes viven hoy los goajiros como en tiempo de Federmann; tan libres de la tutela del Gobierno y tan refractarios a toda religión como lo fueron en épocas anteriores. El roce con los civilizados no ha humanizado sus costumbres; al contrario, les ha hecho perder la hermosa sencillez selvática que caracteriza al indio cimarrón y que tanto atrae al misionero católico cuando por vez primera se presenta en medio de ellos, dificultando extraordinariamente su cristianización los vicios y malas artes que como falsa mercancía les han llevado los mercaderes sin conciencia.

Este mal no es el único en La Goajira, y no fuera tan incurable si no lo acompañara el género de vida que llevan, obligados a vagar de un punto a otro de la península por la escasez de aguas, que los obliga a vivir errantes detrás de sus ganados. Es pues el goajiro en su Goa-

jira lo que el gitano en Europa: vagabundo por naturaleza; camina de una parte a otra et nunquam in eodem situ permanet; lleva consigo sus haberes y su familia, y no regresa a su ranchería mientras la necesidad lo obligue a vagar por las extensas sabanas de La Goajira.

Hasta ahora no se han preocupado los gobernantes del terreno, de las condiciones climáticas y topográficas, que tanto influyen en el carácter y en las condiciones morales del individuo. La sola comparación del indio goajiro con el arhuaco demuestra claramente estas influencias. El arhuaco es sedentario, laborioso, taciturno, enemigo de pependencias; el goajiro, por el contrario, nunca está quieto, es enemigo de la agricultura, amante de las diversiones y de las bebidas alcohólicas, que lo predisponen y excitan a la pelea. El goajiro sin aguardiente sería el más simpático de los indios de Colombia, pues tiene virtudes naturales que hablan muy en su favor.

Si se lograra reducirlos a una vida más estable y fija, la labor educativa del misionero católico daría todo el resultado apetecido, como lo está dando en la Patagonia, en la Araucanía, entre los indios del Perú, en las Filipinas y en las islas Carolinas, y como la dio en los pueblos del Caroni, en los siglos XVIII y XIX. A esto debe reducirse el trabajo del Gobierno; lo demás es perder lastimosamente el tiempo y el dinero.

El Ilustrísimo señor Vicario Apostólico de La Goajira está ensayando con buen resultado un nuevo método de reducción y educación moral y científica, que sería completa si al mismo tiempo se resolviera el problema del agua. Consiste este método en reunir a los niños y niñas de corta edad en colegios llamados orfelinatos, aunque no todos son huérfanos, y allí los educan, alimentan y visten hasta que quieran sus padres. Actualmente funciona el de San Antonio de Pancho, en La Goajira, donde hay trein-

ta niños goajiros, de ambos sexos, como se puede ver en los fotograbados que acompaño. En ellos se ve a las madres franciscanas enseñándoles a las niñas a coser, tejer hamacas, chinchorros, y mochilas, y a los niños se les enseña a trabajar la tierra, tejer chinchorros y extraer la fibra del agave americano.

En El Pájaro hubo otro Orfelinato de niños, y en Tucacas existe otro que no se puede sostener por falta de recursos. El Misionero tiene que hacer todos los gastos, sin que le ayuden los padres de los niños, los cuales muchas veces van a visitar a los hijos con el fin de que les den de comer. El gasto que mensualmente hace el Orfelinato de San Antonio es de doscientos pesos oro.

Por falta absoluta de medios se ha cerrado el de El Pájaro; el de Tucacas se ha reducido a unos pocos, y el de San Antonio se sostiene sacrificando todas las Misiones más de lo que humanamente pueden soportar.

En vista del buen resultado que está dando esta medida, debiera el Congreso votar una suma para el sostenimiento de tres colegios de niños goajiros y arhuacos, regentados por las Reverendas Madres Franciscanas, que con tanta abnegación y sacrificio se dedican a la ingrata y difícil labor de instruir y moralizar a los indios, dando con esto una voz de aplauso y de aliento al Ilustrísimo señor Vicario Apostólico de La Goajira que tanto interés ha demostrado en estos últimos años por el progreso moral y material de su Misión.

Fray Segismundo del Real de Gandía,
Misionero Capuchino.

LA OBRA

de los Padres Capuchinos en La Goajira.

Dedicamos la presente edición a informar sobre la grandiosa obra que realizan las Misiones de Capuchinos en el importante territorio de La Goajira colombiana.

Lejos de las corrientes civilizadas, allá en el fondo de las montañas incultas, habitadas por una raza extraña y trabajosa, están desde hace más de un cuarto de siglo los Reverendos Padres Capuchinos, sin ruido, sin ostentaciones, empeñados en lucha abierta por el nombre de Dios y de la civilización cristiana.

A la cabeza de esa Misión está la bizarra y nobilísima figura que encarna Monseñor Atanasio Vicente Soler y Royo, Obispo de Citárizo y Vicario Apostólico de aquel extenso territorio.

Los siguientes datos que hemos obtenido pondrán de manifiesto la importancia de la obra que nos ocupa y la inaplazable necesidad de que sea ayudada y protegida eficazmente por nuestro Gobierno.

Orfelinato de San Antonio.

La Misión de los Padres Capuchinos de La Goajira, deseosa de dar solución cumplida al gran problema de la civilización de los aborígenes de aquella región, después de varios ensayos, ha puesto en práctica, a su costa y con grandes sacrificios, la institución de orfelinatos, en los cuales, gratuitamente y sin ninguna erogación de parte de los indios, pudieran ser instruídos y educados algunos niños goajiros.

El Orfelinato de San Antonio, situado a tres kilómetros de Riohacha, en la ribera oriental del Calancala, cuya vista se acompaña, ha



Escuela de niñas de San Antonio—Goajira.

sido el primer ensayo, cuyos resultados son eminentemente prácticos, según verán nuestros amables lectores. Comenzaremos por dar algunos detalles referentes a la creación de la obra.

Su institución.

La acción continua y civilizadora de los Padres Capuchinos se ha estrellado en todo tiempo contra la indole y carácter de los indios, quienes, en el estado rudimentario y salvaje en que viven, muy poco caso hacen de lo que no sirva para el sostén de la vida puramente animal. De ahí que ningún esfuerzo hagan para que sus niños aprendan y se civilicen, y más bien los aparten de todo elemento educador. Pero el celo apostólico tiene sus industrias basadas en la caridad y en el sacrificio, y era necesario que los Padres Capuchinos pusieran en práctica una de ellas, concluyente y eficaz.

En efecto: al ver que las escuelas, con la organización que tienen en el país, son de muy escaso resultado entre la raza goajira, intentaron levantar un edificio de bahareque y de barro barato, por supuesto, por la escasez de fondos, de unos 16 metros de largo por seis de ancho, con su correspondiente comedor, el cual tuviera dos dormitorios, uno para tres Hermanas y otro para albergar unas cinco o seis niñas, pues a más no aspiraban, por lo raro que pudo parecer la obra a los indios goajiros.

Construyóse una capilla, e inherente a ella una diminuta habitación para el Padre y Hermano Misioneros.

Los trabajos comenzaron el 7 de enero del año de 1910, y el 13 de junio del mismo año los edificios estaban como se ven en el grabado. En varios números de la revista *Ecos de la Misión*, que los Padres Capuchinos editan en Riohacha, anda publicado todo lo referente a la inauguración de la obra y a las varias y simpá-

ticas fiestas que con motivo de los bautizos solemnes que a los catecúmenos ya adultos e instruidos en los principales rudimentos de nuestra fe católica ha administrado el Ilustrísimo señor Vicario Apostólico de La Goajira; por esto nos abstenemos de semejante relato y vamos a entretenernos en pormenores de especial interés.

Organización del Orfelinato.

El Orfelinato de San Antonio, desde el primer día que llegaron las Religiosas Capuchinas, Misioneras de La Goajira, con las niñas indígenas Carmen y Amalia, está sujeto a una perfecta organización, la cual señala, a modo de colegio, las horas de levantarse, oír misa, desayuno, escuela, almuerzo, recreo, trabajos manuales, comida, juegos, oraciones de la noche y retozo.

Muy exabrupto parece el método, dado el modo de ser de los indios, quienes a no ser esclavos, muy poco, casi nunca, oyen sus oídos la voz del mandato, y mucho menos la de la corrección; sin embargo, la voz de la campana los reúne en cada acto, y la voz de la Hermana los amonesta sin que se rebelen o quieran ahorcarse, como lo hacen cuando por sus mismos padres son corregidos.

El Orfelinato de San Antonio tiene para su gobierno y dirección un Padre Capuchino, encargado de la parte espiritual, y un Hermano lego, que hace escuela a los niños y los vigila y cuida en todos los actos de comunidad. Respecto a las niñas, hay dos Hermanas maestras que mutuamente llevan el peso de la escuela, de la enseñanza, de las labores, de la vigilancia y disciplina; una Hermana encargada de la administración, y la Superiora, que tiene la suprema vigilancia de toda la casa.

Admisión de niños.

En el Orfelinato sólo se admiten niños y niñas goajiros, prefiriendo los de pura raza a los mestizos. Esta se hace sin violencia de ninguna clase: el indio goajiro que impuesto de la caridad y ternura con que las Hermanas cuidan a los niños, quiere dejar en el Orfelinato un hijo, lo deja, y cuando se lo quiere llevar lo saca. Y éste es el único medio, aunque parezca extraño, de tener algunos niños, pues nada se haría con la violencia. No es más furiosa la leona que una india cuando violentamente se quiere arrancar de su seno al hijo, ni más mansa la ovejilla cuando por el cariño y el amor se conquista su corazón, siempre receloso, para que se desprenda de lo que le es más caro, su hijo, y lo deje en el Orfelinato al cuidado de las Hermanas.

Prolijos nos haríamos si tuviéramos que describir multitud de episodios curiosos que se realizan cada vez que una india deja a su hijo en el Orfelinato o se lo va a llevar. Pocos meses hace presentóse una india joven, preguntando por la Hermana Verónica, Hermana que lleva en sus venas toda la vida del Orfelinato.

—¿Caza guayú? (¿Qué quieres?).

—Me han dicho—contesta la india—que tú cuidas y quieres mucho a los niños; vengo a traerte mi hijo para que tú lo quieras mucho y me lo cuides como si fuese hijo tuyo; yo soy de muy lejos, me voy a mi casa; cuando me dé tristeza vendré a verte.

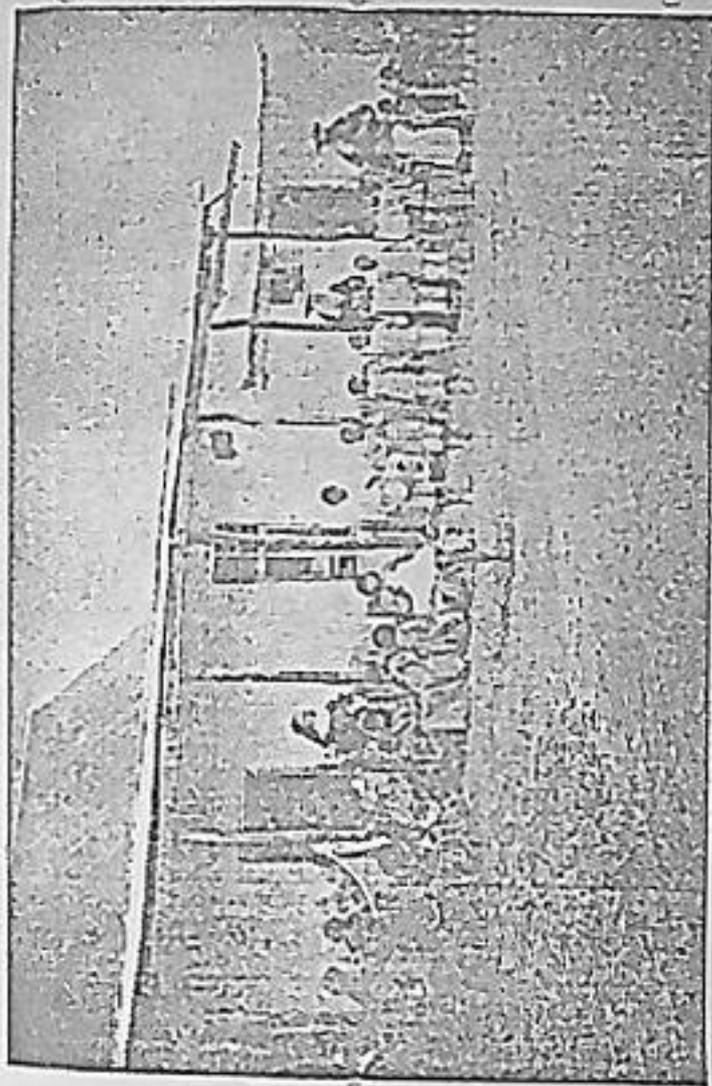
El niño está en el Orfelinato y cada vez que la india, su madre, lo ve, se pone muy contenta.

Hay algunas indias que a pesar de ser gustosas en tener a sus hijos en el Orfelinato, no pueden resistir al dolor que les causa su separación, y después de algunos meses van en busca de ellos; pero en la generalidad acontece que

cuando van sus madres por ellos no se quieren ir, y se esconden para no verse privados del cariño purificado en el crisol de la más pura caridad que las Hermanas les tienen. Como medio de corrección no pocas veces emplean las Hermanas la amenaza de entregarlos a sus madres cuando vayan a verlos; tal es el bienestar que los goajiros sienten en ese ambiente cristiano y civilizador.

Instrucción y trabajo.

Como hemos indicado, los niños goajiros, después de oír la santa misa, bañarse y desayunar, a las ocho de la mañana, comienzan la escuela. Y aquí es de admirar lo ingeniosas que están las Hermanas para poder sostener a sus alumnos dos horas, enseñándoles lectura combinada con la escritura, Aritmética, Catecismo e Historias Sagrada y Patria. Quien aun entre niños civilizados haya experimentado lo difícil que es la tarea de enseñar, podrá deducir la dosis de consagración a tan arduo trabajo y de paciencia que se necesita para enseñar a niños creados en un ambiente enteramente salvaje. Sin embargo, las Hermanas, que tanto quieren a sus goajiritos, sacando todo el partido posible de una materia tan poco dispuesta a la instrucción, han logrado enseñarles a los mayorcitos a leer, escribir, hacer cuentas, Catecismo e Historia, lo que se vio palpablemente en los exámenes que tuvieron lugar el 31 del mes de diciembre del año próximo pasado, delante de personas tan respetables como el señor Vicario Apostólico; el señor Prefecto de Riohacha, don Francisco C. Puentes; el señor Administrador de la Aduana, don J. J. Mazenet; el señor Comisario de La Goajira, don Francisco D. Pichón, y los señores don Miguel Pimienta R., don Juan B. Freile, don José María Valdeblánquez y don Gratiniano Gómez.



Orfelinato de Pancho—Niños haciendo ejercicios militares.
Niñas trabajando en diferentes costuras.

El trabajo manual es diario: mientras las niñas se ocupan, de dos a cuatro de la tarde, en coser y remendar sus propias mantas, los niños se dedican a la confección de chinchorros.

Las niñas aprenden todos los oficios domésticos. Causa admiración ver a aquellas indietas barrer y asear su habitación, ayudar en la cocina, limpiar sus platos y cubiertos, preparar la mesa para la comida, levantarla, dejar cada cosa en su lugar ordenadamente, y portarse en todo como si estuvieran en un gran centro de civilización.

Los niños, en sus ratos de recreo, se ocupan en ejercicios de gimnasia, de instrucción militar y en trabajos de agricultura. Maravilla ver como, insensiblemente y sin violencia de ninguna clase, aquellos niños indómitos y libres con la libertad del salvaje, van entrando por los caminos del orden, de las buenas costumbres y del amor al trabajo.

Estado económico.

El estado económico del Orfelinato es poco más o menos como el de un pobre de solemnidad.

Sus arcas son la fe, y sus tesoros la Providencia. Nada tiene: sus rentas son nulas, y el auxilio con que cuenta para el pan diario es la limosna que, de conformidad con sus perentorias necesidades, les pasa el señor Vicario Apostólico, quien, en espera de que el Gobierno Nacional se interesaría por obra tan benéfica y patriótica y la protegería eficazmente, no dudó un momento en abrir ese asilo, cuya construcción ha costado \$ 2,000 oro, y cuyo sostenimiento no se hace con menos de doscientos pesos (\$ 200) oro mensuales.

Así se explica cómo en el balance de cuentas que ha hecho el señor Vicario Apostólico de La Goajira, correspondiente al año pasado

(1911), registre un déficit de \$ 5,004 oro, puesto que las entradas han sido de \$ 10,330 oro, y los gastos de \$ 15,424.

Si el Excelentísimo señor Delegado Apostólico, interesado grandemente en todo lo que sea contribuir al bien de la Nación, principalmente en el fomento de las Misiones, no hubiese duplicado el auxilio de mil pesos oro (1,000) anuales que el Gobierno, de conformidad con el convenio con la Santa Sede, daba a esta Misión en años anteriores, y si el señor Vicario Apostólico no se rebuscara por todas partes, imposible que dicha obra se hubiera iniciado y llevado a cabo.

Si en sus comienzos se descuida la obra reudentora de los Orfelinatos, que con tan ingentes sacrificios ha iniciado la Misión Capuchina, ¿qué hay que esperar de la importante región goajira?

Si el Gobierno Nacional no la protege decididamente, y la caridad del pueblo colombiano no la prohija, ¿cuándo será la hora de la redención de los salvajes que pueblan aquella península? ¿Legaremos, en pleno siglo XX, a la posteridad tan triste herencia? ¿Dejaremos que nuestra historia nacional de progreso y civilización se vea manchada con tan negro borrón?

Si la opinión pública se conmueve ante el comercio inicuo que se está haciendo con los indios goajiros de la parte oriental de la península, ¿porqué no se conmueve ante el ferroz salvajismo que aprisiona sus inteligencias, sus voluntades, sus espíritus, sus energías y todo su ser racional? No hay pues que mirar con estoica indiferencia el porvenir de aquellos desgraciados seres, ni los desvelos de la Misión Capuchina, que con singular solitud los acoge, instruye y civiliza. Y si alguien quiere convencerse de esta verdad, que desfile ante el Orfelinato, como han desfilado, entre otros señores, el doctor Francisco Vergara

Barros, ex-Gobernador del Departamento del Magdalena; los Administradores de la Aduana de Riohacha, don Manuel Lanao y don J. J. Mazenet; los Prefectos, don Miguel Pimienta N. y don Francisco C. Fuentes; los Jefes de la Comandancia Militar, Generales Urdaneta, Moreno, Parra y José Vicente Salazar; los Comandantes del Resguardo, señores Bernier y Maldonado; los empleados del Gobierno, Coronel Eugenio Herrera, José María Valdeblánquez y Rafael Romero B., y finalmente, el señor Comisario Especial de La Goajira, General D. Pichón; su Secretario, José Ramón Lanao Loaiza, con los empleados Carlos Salazar, Luis López Enriquez, Bernardino Aguilar, Vicente Siosi, Manuel López y Federico González, todos los cuales han admirado cómo sin recursos especiales han podido hacerse, hasta el presente, casa de habitación para las Hermanas y niñas; capilla, habitación y escuela para los niños; habitación para el Padre y Hermano Misioneros, y cómo sin faltarles nada, pueden sostenerse de treinta a cuarenta niños, el personal docente y el de servicio.

Estado actual del Orfelinato.

El Orfelinato está cada día más floreciente y animado; y como el muy Reverendo Padre Antonio de Valencia, que lo dirige y gobierna, tiene orden del señor Vicario Apostólico, de recibir a cuantos niños, conducidos por sus padres, se acerquen a sus puertas en demanda de pan e instrucción, cada día es mayor el número de asilados. Al número de niños que se ven en el fotograbado hay que añadir cinco más que estaban de pasco cuando se tomó la vista, y cuatro que han entrado posteriormente.

La ampliación del local se hace indispensable, y en vista de esta perentoria necesidad, el mencionado Padre Provicario Apostólico le

pone al señor Obispo Atanasio el siguiente despacho telegráfico:

*"República de Colombia—Telégrafos Nacionales—Rio-
acha, 27 de mayo de 1912.*

"Obispo Atanasio, Capuchinos—Barranquilla.

"Estoy ensanchando local ambos sexos, en Orfelinato, con materiales fiados. Busque Su Señoría Ilustrísima algún auxilio para ello.

"Provicario"

Tenemos gran confianza de que los señores Representantes de los Departamentos de Bolívar, Magdalena y Atlántico batirán este patriótico record con la lucidez que les caracteriza en las Cámaras Legislativas, próximas a reunirse, mientras la Misión Capuchina sostendrá, hasta quemar el último cartucho, como se suele decir, la obra comenzada con tanta abnegación y sacrificio.

(El Comercio, Barranquilla).